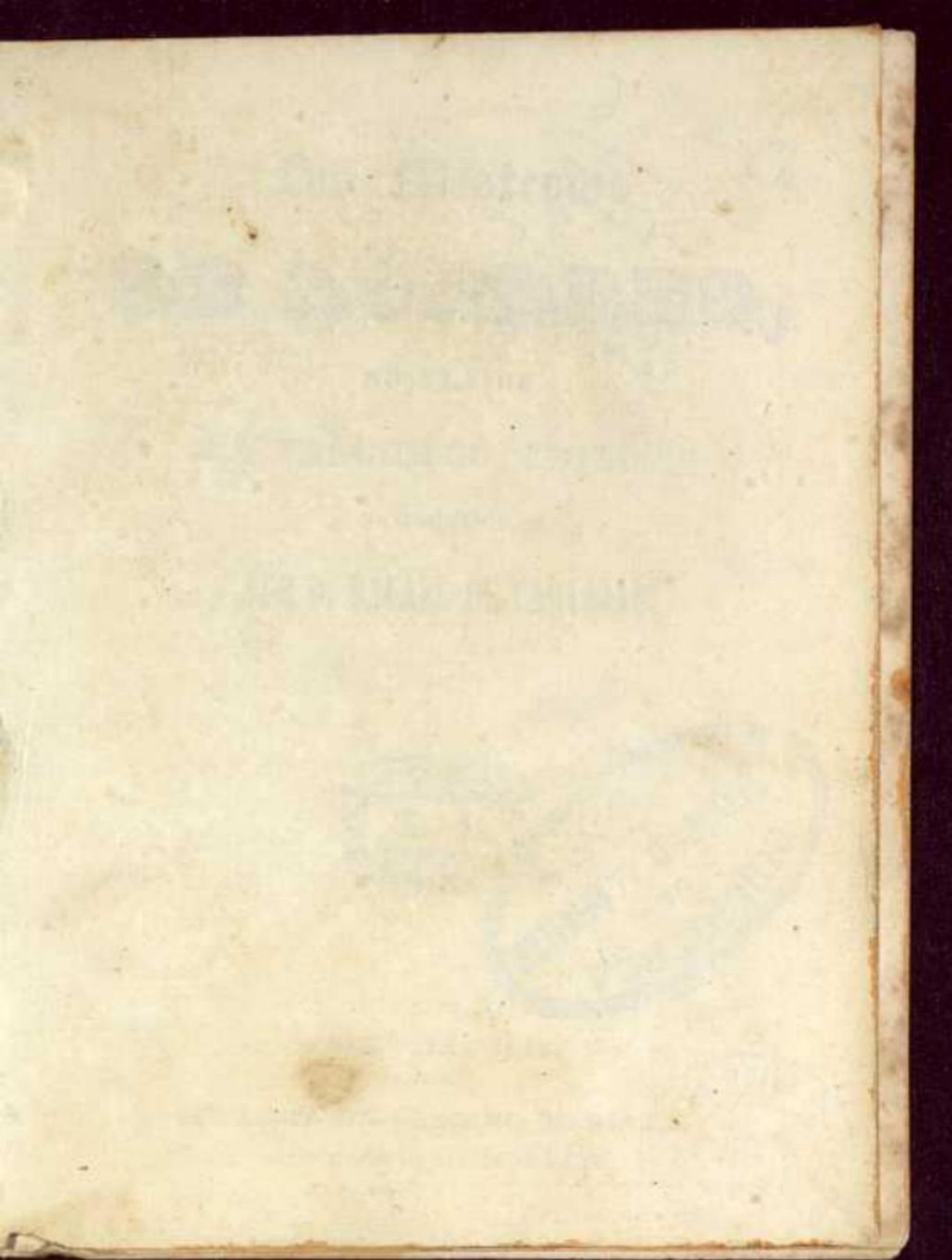


Blencia  
General





D-36  
405

~~817C~~

45

1

# Los Misterios DE LÓNDRES,

NOVELA DE

SIR FRANCISCO TROLOPP,

traducida

POR D. RAFAEL DE CARVAJAL.



VALENCIA: 1845.

LIBRERÍA DE CASIANO MARIANA,

calle de la Lonja de la Seda.



Los editores

DE LA BIBLIOTECA

de la Universidad

de la Ciudad de México

de la Universidad

---

*Es propiedad del Editor.*

---



b.12514158

LIBRE 24889830

R.60.047

Imprenta de D. Benito Mousfort.

PRIMERA PARTE.

Los caballeros de la noche.

3.

Entre la niebla.

**U**N domingo de noviembre por la tarde, el buen Paddy O'Chrane estaba sentado á la mesa delante de un enorme vaso de grog en el salon de la taberna *The Crown's Arms*.

Como hay en Lóndres sobre cincuenta tabernas que llevan por enseña las *armas de la corona*, no creemos inútil explicar que el establecimiento de que hablamos, situado en *Walter Street*, cuartel de la Torre, tiene cuatro ventanas adornadas de cortinas rojas, y una puerta á que se sube por medio de cinco mezquinos escalones.

En cuanto al capitan Paddy, era un irlandés de seis pies de elevacion y seis pulgadas de diámetro, vestido de frac azul con botones negros y calzon de gamuza sujeto con hebillas sobre unas medias de filosa: su calzado eran zapatos anchos sin lustre.

En el otro lado del salon *the parlour* (porque una taberna no puede tener menos de tres piezas: *ther parlour*, para los caballeros; *the bar* que es el despacho ó mostrador, y *the tap*, la pieza ó sala comun donde beben las gentes del pueblo) estaba sentado un hombre de unos cuarenta años, de fisonomía dulce y tranquila. Llevaba un traje decente, que aunque sin pretensiones de elegancia, alejaba toda idea de ridículo.

Sus ojos inmóviles y dilatados tenían la mirada fija de los ojos que ya no ven. Venia alguna vez á la taberna, donde era conocido por el nombre de Tyrrel el ciego.

Mistriss Burnett, la soberana del palacio, cuyo trono estaba naturalmente en la pieza de despacho, venia de cuando en cuando á dirigir alguna frase de amabilidad al capitan Paddy, que era evidentemente un parroquiano de la casa.

Entre una y otra puerta se mantenía de pie una criada que hubiera hecho fortuna sin trabajar en el tiempo en que los artistas eran príncipes y pagaban sus modelos á peso de oro. Era admirablemente hermosa. Al rededor de su frente, cuyo perfil recordaba la curva ideal del dibujo antiguo, tenía como una aureola de vigorosa y tranquila dignidad. Sus largos cabellos de un negro de azabache caían en grandes bucles sobre sus espaldas medio desnudas. Su talle, magnífico en sus contornos, guardaba una proporción oculta, pero esquisita, con su arrogante presencia, y se unía á la altiva perfección de su rostro á la

manera que un magestuoso pedestal hace resaltar el valor de una estátua.

El tipo judaico dominaba en sus facciones y su encarnadura no era la de una inglesa.

Estaba de pie y desdeñando al punto de apoyo que le ofrecia el artesonado de la pared, no inclinaba siquiera su soberbio talle, cuyos perfiles inmóviles parecian de mármol. Sus ojos negros, grandes y rasgados, estaban apagados, y sin brillo como los de una sonámbula. En los músculos de su cara no se percibia el menor movimiento. La luz cruzada de los quinqués venia á iluminar la palidéz mate de su frente y allí se absorvia como en un cristal sin pulir.

Los ojos sin pupila del ciego se fijaban en ella constantemente, mientras que saboreaba con calma y á pequeños sorbos un vaso de aguardiente con azúcar. En el intervalo que separaba cada sorbo del otro sus labios se movian. Parecia sostener una de esas íntimas conversaciones que las personas privadas de la vista entablan á menudo consigo mismas.

Unos veinte individuos, cuyo desarreglado trage se parecia al de los *watermen* (marineros) del Támesis, acababan de llegar juntos y bebían de pie en la sala comun su medio vaso de ginebra puro.

— ¡Susana! dijo el capitán Paddy O'Chrane; querida, mézclame seis peniques de ginebra con agua fria, sin azúcar.... Añádele un si es no es de limon, ¿lo oyes, Susana?

La hermosa criada, á quien se dirigia esta órden, no la oyó y se estuvo quieta.

— ¡Que me lleve el diablo si esa muchacha no está sorda! refunfuñó el capitán; tendré que llamar á mistriss Burnett....

— ¡Mistriss Burnett!

La dama y señora feudal de la taberna de las *armas de la corona* entró con paso magestuoso y discreto. Era una muger de rostro colorado y llevaba un vestido corto y un sombrero, cuyo velo de encage tenia sin duda dos pies ingleses de largo.

— Que Dios no me salve, señora, repitió el capitán, si no he comenzado por llamar á Suky (diminutivo de Susana).... pero por todos los santos, que aunque se

disparase á su lado una pieza de cuarenta y ocho de las que lleva el *Vanguardia*, estoy seguro que no se mueve mas que una cepa.

— ¡Suky! gritó mistriss Burnett con voz agria.

Un imperceptible temblor agitó el párpado del ciego. La jóven no se movió.

— ¡Veis, voto á...! mistriss Burnett, dijo el capitan; apuesto un shelling contra seis peniques, y doy mi alma á los diablos si pierdo, á que no se digna responder al lord mayor en persona.

Mientras hablaba así el capitan, mistriss Burnett se habia dirigido hácia Susana, cuyo brazo sacudió con aspereza.

¡Vamos á ver! holgazana, gritó colérica; ¡vamos á ver!

La hermosa criada retrocedió un paso y se puso encarnada. Una reina le hubiera envidiado el gesto involuntario con que respondió al brutal ataque de su ama. Fue un movimiento de altivez tan súbita, de dignidad tan regia, que la dueña se quedó con la boca abierta, sin poder articular una palabra mas.

En aquel momento sonrióse el ciego y se frotó las manos como si un halagüeño pensamiento hubiese cruzado instantáneamente por su imaginacion.

Pero Susana recobró bien pronto su actitud de melancólica indiferencia. El brillo de sus hermosos ojos negros se estinguíó. Mistriss Burnett volvió á dar rienda á su corage.

Miren el resultado de la caridad, decia á voces; ¡se dá de comer á una miserable! se mete en casa á una mendiga desnuda enteramente!... y en prueba de su gratitud arruina vuestro establecimiento y disgusta á los parroquianos....

— Mistriss Burnett, interrumpió de lejos el capitan; por el diablo que no pensé causar tanto ruido.... Dejad quieta á esa pobre muchacha, ¡voto á brios!... y dadme mi grog.

Obedeció la tabernera, pero ofendida del tono desusado de grosería que tomaba con ella el capitan, quiso vengarse, y con un gesto comun á las mugeres de baja esfera de todos los paises, llevó su puño cerrado hasta las narices de Susana,

como amagándola y jurándola venganza.

La muchacha se puso á sonreir desdeñosamente. El ciego consumió de un trago todo el resto de su aguardiente azucarado.

—No cambiaria el buen rato de esta noche por cien libras! murmuró.

En aquel momento dieron las cinco en el reloj de la taberna. Los individuos que bebían en el *tap* se agitaron hablando entre sí, y uno de ellos, moceton de formas hercúleas, asomó la cabeza por la puerta del salon.

El capitan se levantó con viveza.

—¡Bien! Turbull; ¡bien! perillan, dijo en voz baja abotonando militarmente su estrecho frac azul. ¡Susana!... No me oirá, ya lo vereis.... ¡Mistriss Burnett! ¡volveré luego sino me lleva el diablo! Haced que preparen mi grog, os lo ruego.... ya sabeis. Seis peniques de ginebra mezclada con agua fria, sin azúcar, y un poquito de limon.

Y diciendo esto el capitan cogió su baston y bajó la escalinata de la taberna. Los marineros le habian precedido; y reunidos todos se dirigieron hácia Lower-Thames-

Street, que era la única calle ancha que los separaba del Támesis. Los marineros iban en grupos de tres y cuatro hombres, fingiéndose borrachos y cantando á voz en grito. Paddy les seguía á la distancia de veinte pasos.

Cuando pasaron por delante de la puerta **Gustem-House** (la aduana, cuya trase-  
ra dá al **Lower-Thames-Street**) en don-  
de dos ó tres aduaneros estaban á la niebla  
fumando cigarros de contrabando, Paddy  
llevó la mano al sombrero.

—Ya veis qué felices son estos vellacos,  
señor **Bittern**, dijo señalándole los mari-  
neros.

—Alegres jayanes, señor **O'Chrane**,  
contestó el aduanero.

—¡Qué diablo de niebla! añadió Paddy.

—Una niebla del demonio, capitán.

Reunióse Paddy con sus marineros en  
una callejuela desierta que conduce al Tá-  
mesis al fin de **Bototph-Lane**. La atrave-  
saron en el mas profundo silencio, y lle-  
garon á una escalerilla muy mala y de poco  
uso á causa de la proximidad de **Custom-  
House-Stairs** (escalera de la aduana). El

capitan echó al rededor suyo una mirada escudriñadora. Nada advirtió al parecer que pudiera causar sospecha, porque hizo una seña y los marineros comenzaron á bajar los escalones con sigilo.

—¿A quién le toca ponerse el capote esta noche? preguntó Paddy.

Dos hombres salieron de entre los otros.

—¿Saunie y Patrik? repuso aquel. Que vigileis bien, galopines.... y vosotros al barco.

Saunie y Patrik se quedaron en lo alto de la escalinata, desdoblaron los pesados capotes de barragan que llevaban debajo del brazo, se envolvieron en ellos y se acostaron permaneciendo inmóviles en el suelo.

El resto de los marineros y el capitan Paddy O'Chrane se dividieron en grupos iguales entre tres barcos de quilla negros y puntiagudos, y cuyo borde se elevaba muy poco sobre el nivel del agua.

—¡Mano á los remos! dijo en voz baja Paddy que mandaba el *barco-almirante*; — ¡rema!

Los tres barcos dejaron silenciosamente

la orilla, bordeando y abriéndose paso con mucho trabajo al través de las embarcaciones de todos géneros que llenan los dos lados del canal del Támesis. Unas veces se deslizaban bajo la proa gigantesca de un gran navío mercante; otras costeaban por un vapor apagado y desierto; á cada paso se les enredaban los remos en la red de amarras y de cables que los cercaba por todos lados.

Una niebla densa, casi palpable y toda impregnada de cargados vapores del carbon de piedra, cubria todo el rio á manera de un velo inmenso. Apenas se distinguian aquí y allá algunas llamas lejanas enrojecidas por la refraccion de la bruma. Casi todos los faroles de los navíos de ancla estaban apagados. Nadie se veia sobre las gabarras, ni sobre las embarcaciones de alto bordo. De trecho en trecho solamente un fanal olvidado á cuyo pie dormia el centinela, acababa de consumir su mecha negruzca.

Era una noche de domingo, y por consiguiente de descanso. Mas allá de algunos navíos abandonados ó guardados por hom-

bres soñolientos, Southwark y la Cité ostentaban sus faroles de gas empañados, y las rojizas ventanas de sus tabernas, por las cuales se escapaban, en raros y discordes ecos los cánticos de la lúgubre y pesada embriaguéz del pueblo de Lóndres.

Los tres barcos del almirante Paddy O' Chrane habian ganado por fin el canal central y comenzaban á subir por el rio.

— ¡Hermoso tiempo, amigo Tomy, hermoso tiempo, voto al diablo! dijo el capitan al pasar por debajo de un arco de New-London-Bridge.

— ¡Es verdad capitan! respondió el vigoroso Turbull, pero la marea va á crecer....

— Y la brisa se levantará con el reflujo, añadió uno de los remeros, cuya prodigiosa robustéz llenaba casi todo el ancho del barco; — es preciso que nos demos prisa: la bruma no durará.

— Aprisa cara de pastel, aprisa dijo un pilluelo que era conocido por el bonito nombre de Snail (caracol). Tambien tengo yo necesidad de dar razon de mi persona á Su Honor, y la vida es atrocmente

cara, como dice el compadre **Bob-Lantern**....

—Silencio, pícaro refinado, silencio, rapazuelo, dijo paternalmente el capitán. Cuanto menos se hable de **Su Honor**, tanto mejor.... Pero ¿qué diablos se ha hecho aquel bribonazo de **Bob-Lantern** á quien tanto aprecio?

—Se ha casado, respondió el gordo **Charlie**; casado en **St-Giles** con un angelito de seis pies sin contar los tacones de los zapatos.... apenas se le ve á su lado....

—¡Oh! exclamó el pequeño **Snail**, el compadre **Bob** lo entiende mas que nosotros. Trabaja por su cuenta.... Los domingos por la tarde va á las iglesias.... Siempre se presentan buenos negocios en las iglesias, ¿no lo sabeis?

—¡Silencio, truan, silencio! interrumpió otra vez el capitán, ya estamos bajo el puente de **Black-friars** donde los polizones abundan como las setas.... ¡**Charlie**! ¡que nos va á estrellar, ganso!... cía á babor... voto á **San**....

**Obedeció Charlie. El barco salió de la**

sombra densa que reinaba debajo del arco y aparecieron de nuevo las dos orillas.

— ¡Hola! ¡hola! ¡esclamó Tom Turubull, tres faroles! la tarea va á ser completa, y por esta noche no habrá de sobra con los tres barcos.

Las luces de que hablaba Tom se distinguían perfectamente por entre la neblina: una de ellas brillaba entre el puente y White-frias: la segunda se veía por el lado del río bajo Temple-Gardeus, la tercera, en fin, estaba en Southwark, á la izquierda de las gradas de Old-Barge-House. Todas tres despedían destellos verdes de gran intensidad; sin embargo, en medio del infinito número de luces que brillaban en contacto con la atmósfera ó detrás de las vidrieras, aquellas tres debían quedar confundidas necesariamente.

— Conviene separarnos, dijo el capitán. Por mi parte me reservo á ese pícaro viejo de Guff, el mejor de mis camaradas, con su maldita posada del *Rey Jorge*, que Dios bendiga!... Para ti, Gibby, el meson de *Padres Bernardos*, y *Southwark* y la fonda de la *Jarretiere* para Mitchell. Ve-

remos si os portais como buenos cristianos, canalla.

En cumplimiento de esta órden, uno de los botes se dirigió hácia Southwark; el segundo, cortando la corriente del Támesis en sentido inverso, bogó hácia la Cité. El del capitan continuó internándose en el rio.

Esta noche no se descubre ningun farol amarillo, dijo Turubull: bueno está eso! en una época en que los habitantes del continente llegan á bandadas.

— Que me ahorquen si lo siento por mi parte, replicó Paddy: yo no deseo ver el farol amarillo.... Me parece, siempre que le diviso, que oigo el último grito del pobre diablo á quien le cortan la cabeza.... Sí.... será una debilidad, pero cuando aparece el fanal amarillo, cambio mi ginebra ordinario por el *old-tom* (espíritu ó licor de calidad mas fuerte, y que emborracha antes), á fin de fortalecerme el corazon.... ¡Te ries, Tomy, pícaro desalmado!... Pues á mí no me duele el shelling que me cuesta de mas el *old-tom*, con tal de lograr mi objeto.

— Un muerto mas ó menos, respondió Turubull con indiferencia, es cosa insignificante.

— Tiene razon, añadió riéndose Snail.

— Y además, repuso el robusto Charlie, es menester que todo el mundo viva, mi capitan. Si nuestras tres tabernas no egerciesen de cuando en cuando su oficio de ratoneras, ¿qué vendria á ser de Bishop y compañía, nuestros buenos hermanos de la Resurreccion?

— Pues á mí me gusta la linterna amarilla, repitió Snail.

— ¡Este diablillo, murmuró Paddy, es á su edad el reptil mas venenoso que conozco!... Atencion! ¡mira lo que haces, Charlie!

— La lancha que en aquel momento bogaba sola, habia dejado el centro del rio enredándose en un dédalo de pontones, vapores grandes y pequeños, y góndolas de recreo que interceptan las avenidas de la playa. Charlie manejó con destreza el palo de virar; Turubull cogió el timon, y el barco se acercó sin obstáculo al pie del Temple-Gardens.

El sitio en que se habia detenido formaba una especie de cala ó ensenada pequeña, protegida por el ángulo de una casa alta construida parte sobre estacas, y parte en tierra firme.

Esta era la casa en que ardía el fanal de luz verde.

Paddy tanteó uno de los enormes pilares que sostenian la bóveda, dió con un alambre terminado por una anilla, y llamó.

Algunos instantes despues se oyó rechinar una puerta, justamente encima del sitio ocupado por el bote; parecia causado por los goznes enmohecidos de una trampa, moviéndose sobre su quicio.

— *Who's there?* (quién vá?) pronunció con precaucion una voz contenida.

— Camarada, respondió el capitan, lléveme el diablo si no tengo un verdadero placer en saludaros. Decidme, ¿cómo está vuestra respetable esposa?

Paddy fue interrumpido por el fuerte porrazo que le dió en aquel momento un fardo que colgaba del extremo de una cuerda sujeta desde arriba.

Vaya una idea, señor Cruff, ¡mal rayo!

refunfuñó enfadado el capitan.—Podias descolgarte tú mismo por la trampa en una noche de niebla como esta.

Jurando y renegando se limpió con pres-teza, y sus marineros desataron el fardo que fue colocado en el fondo de la barca. La cuerda volvió á subir.

—Eso huele á almizcle, dijo Tomy, ahí viene una maleta que sin duda es de persona de rango.... Charlie, amarra la válvula antes que se llene la cala.

—La válvula juega que es un primor, Tomy, respondió el obeso Charlie, pero no me agradaria tomar esta noche un baño. En aquel momento bajó otro fardo, columpiándose hasta la altura de un hombre; se hizo la misma operacion que antes, y la cuerda subió para volver á bajar todavía. De esta manera se cargaron en la barca hasta cinco bultos.

—¡Buenas noches! dijo entonces la voz de arriba en tono áspero.

La cuerda desapareció, y se cerró la trampa.

—Rema, Carlos, dijo el capitan. La niebla parece que quiere levantarse. Bue-

nas noches vampiro, matachin nocturno, asesino, buenas noches!... Mas aquí está el bote de Witfriars.... Ohé!

— Seis bultos, mi capitan.

— ¡Bien!... ¡remad con vigor, canalla! Ya distingo la barca del malvado Mitche, nuestro buen camarada.... Ohé!

— Dos paquetitos, capitan.

— ¿Dos paquetitos? repitió Paddy, encogiéndose de hombros con aire descontento.

Los tres barcos comenzaron á seguir rio abajo. La marea les ayudaba todavía. Avanzaban con rapidéz, y bien pronto se encontraron bajo los arcos monumentales de London-Bridge.

La niebla habia disminuido en espesor, por efecto de una fuerte brisa que se levantara con el reflujo. En aquel momento se veia ya moverse en todas direcciones, un bosque de mástiles esbeltos é inclinados hácia atrás, sujetos por millares de menudas cuerdas; el agua del rio comenzaba á reflejar vagamente los lejanos resplandores del gas.

Esto se va poniendo mal, dijo Turu-

bull. Nos cogen de lleno los reverberos del puente. Es posible que nos vean....

— Rema, Charlie, gritó el capitán. Otro golpe de remo y nos ocultamos detrás de ese tres-velas de la compañía.... Si Dios lo quiere llegaremos con bien, sino...

Paddy se detuvo, y exhalando un suspiro continuó:

— El agua debe estar fría para darse un baño, hijos míos.

La barca dejó el centro del canal, donde las tinieblas iban aclarando, y se colocó á la sombra del buque de tres-palos. Charlie cesó de remar. Estaban ya á poco mas de cien brazas del sitio en que se habian embarcado. Los otros dos botes llegaron tambien, é imitando el ejemplo del primero, se detuvieron.

— Mahulla, Snail; mal gato, dijo el capitán.

En el mismo instante un maullido agudo y perfectamente imitado salió del fondo del barco.

Algunos segundos despues se dejó oír por el lado de la orilla un sordo ladrido.

— ¡ Maldiccion! articuló Paddy; tene-

mos cortado el paso!... Pero en medio de todo, ese diablo de Saunie ladra con tal perfeccion, que no se distingue nunca si es él ó algun sarnoso dogo estraviado por las calles.... Vaya otro, Snail.

El acento del gato fue imitado de nuevo, y un segundo ladrido le respondió.

—No hay que dudarlo, murmuró Turubull; ese es Saunie.... La lancha de vigilancia está entre nosotros y la escalerilla.

—Bribones aduaneros, añadió Paddy— ¡como si nosotros fuésemos contrabandistas!... ¡Vamos, perillanes, tenemos que virar de bordo y tratar de tomar tierra por cima del puente.... Por fortuna la brisa va allojando, y vuelve á bajar la niebla.... Rema sin descanso.

Los tres barcos se pusieron á la vez en movimiento; pero en el momento en que el de Paddy salia de la sombra, una masa negra dobló la proa del navío de la compañía.

—Ah de la barca! gritó una voz imperiosa.

—Vira, Tomy.... rema, Charlie, dijo muy bajo el capitan.

El barco obedeció á los esfuerzos combinados de los dos marineros, y se lanzó por el lado de la orilla, mas un pesado arpon se clavó en el borde y le detuvo en el acto.

— Cortad el cable en dos tajos, ¡por todos los demonios, camaradas! dijo el capitan. Tomy pegó un tremendo hachazo.

— Es una cadena! exclamó con desaliento.

— ¡Ah de la barca! repitieron en aquel instante.

— Pero nadie respondió.

La cadena que arrastraba el arpon se puso tirante, y el barco fue atraído con violencia hácia la masa negra que era una falúa del *Thames-policeoffice*.

El capitan se encasquetó el sombrero y se ató el baston á la cintura.

— ¡Atencion! dijo.—Lléveme el diablo si tenia deseos de bañarme esta noche.... Desapareja, Charlie, que cargas sobre la válvula.... alarga la amarra Tomy... y sálvese el que pueda.

Aquello fue un golpe de teatro.

El fondo de la barca se abrió repentina-

mente: hombres y cargamento cayeron al agua, y el garfio de la policía no recogió mas que un casco vacío y roto. Los otros dos botes, aprovechándose de la tremolina, habian ganado el desembarcadero donde la tripulación del barco almirante llegó casi al mismo tiempo que ellos.

— ¡Qué fria está el agua! dijo el capitán al poner el pie en las gradas.—Fria como la nieve, ¡voto á brios!

Paddy no habia perdido ni el baston, ni el sombrero.

Snail se sacudió como un perro de aguas, dió un maullido y se arropó bajo el capote de Sarnie.—Este ladró tambien.

Los otros se cargaron los fardos á la espalda, y atravesaron por las sombrías callejuelas del cuartel de la Torre, teniendo cuidado esta vez de no pasar por delante de la aduana.

Por lo que hace al buen capitán Paddy O'Chrane, se dirigió tranquilamente á su casa á ponerse otro frac azul, y un pantalon de gamuza que tenia de repuesto, y luego se volvió á la taberna de las *Armas de la corona*.

En el momento en que entraba en el salon ó *parlour*, pasaba allí otra escena violenta, análoga á la que ya hemos referido entre *mistriss Burnett* y su criada *Susana*. Esta última oponia á las estrepitosas y coléricas demostraciones de su señora una calma que se asemejaba al desden ó á la apatía. *Mistriss Burnett* no habia adquirido gran reputacion de paciencia; amostazada, ciega de cólera, levantó la mano y la descargó brutalmente sobre la blanca megilla de *Susana*.

— Diab! pensó *Paddy*, ¿esto va á retardar mi refresco!

El ciego no se habia movido durante nuestra escursion náutica, y se habia hecho servir el segundo vaso de aguardiente azucarado. Sin duda oyó el sonido del bofetón, porque levantándose bruscamente alargó el cuello, y su rostro impasible de ordinario, espresó en aquel momento una curiosidad escitada hasta la pasion.

— ¿Es un marimacho esa muger? dijo para sí, aunque en voz alta—¿es una muger fuerte?

*Susana* habia experimentado una sacu-

dida terrible, sus facciones lívidas se contrajeron. Un fuego sombrío brilló en el centro de su pupila. Su robusta naturaleza se reveló por instinto contra el ultraje, y pareció que iba á saltar y vengarse; su cuerpo esbelto y muscular se encogió repentinamente como el lomo gracioso de una jóven y noble pantera que va á lanzarse sobre su presa.

— ¡Hola! ¡hola! se dijo el capitán: apuesto un scheling contra seis peniques á que mi digna amiga va á recibir su merecido.... y por cierto que no lo sentiría.

Mistriss Burnett opinó lo mismo que el capitán en la primera parte, porque el subido carmin de sus megillas desapareció y se puso á temblar.

Pero la hermosa criada comprimiendo su ardiente cólera, cruzó los brazos sobre el pecho en ademan de desprecio.

El ciego dejó escapar un suspiro de consuelo.

Susana sin decir una palabra atravesó el salón á paso lento, y bajó la escalerilla de la taberna.

Tyrrel arrojó una corona sobre la mesa,

y salió á tientas olvidándose de pedir la vuelta.

— ¡Vaya! dijo el buen Paddy, ¡que mi digna amiga no se ha escapado de mala! En cuanto á Suky, gracias á ese pobre diablo de Tyrrel, no le faltará cuando menos donde dormir esta noche.... si es que antes de alcanzarla no se estrella contra una esquina.

Al llegar al último escalon Tyrrel oyó unos pasos ligeros en la direccion de Thrammes-Street, y siguió en el acto hácia aquella parte.

El paso de Susana era firme y sonaba en el suelo por intervalos regulares pero no se apresuraba. La hermosura de sus formas tenia en aquel momento un no sé qué de fantástico, mirado al incierto resplandor de los reverberos. — Tyrrel la seguía sin vacilar como si un instinto misterioso hubiese iluminado la profunda oscuridad de sus pupilas. Ya no tenia que tantear por donde iba.

Al salir de Lower-Thames-Street, Susana tomó el mismo camino que nuestros marineros y entró en la estrecha ladera que conduce al rio.

Tyrrel apresuró el paso hasta alcanzarla,  
—¿Adónde vais, hija mia? preguntó  
con interés.

—Al Támesis! respondió Susana sin detenerse y sin acelerar el paso.

¡Esta era la primera palabra que Tyrrel le oyó pronunciar! Su voz dulce y grave participaba de la espresion de su rostro. Era hermosa, pero al mismo tiempo mecánica.

—¡Al Támesis! repitió Tyrrel. ¿Intentais suicidaros?

—Sí, respondió Susana.

—¿Por qué, hija mia, por qué?

—Porque no tengo esperanza para el porvenir, ni asilo para el presente.

—Yo os daré un asilo, Susana, y os volveré la esperanza.

Susana no se detuvo.

—Muchos se han acercado á mí para decirme lo mismo, replicó la jóven, y era para comprarme.... Vos sereis como ellos, sin duda.... pero no estoy de venta.

—¡No lo quiera Dios! Susana.

—Amo á un hombre, replicó ella, y no puedo venderme.

Tyrrel retrocedió admirado.

—¿Y solo por eso?

—Sí, contestó la linda jóven con agitación. Y se disponia á atravesar la corta distancia que la separaba todavía del Táme-sis. Tirrel la cogió por el brazo, y la dijo con una singular espresion de curiosidad:

—Luego no tendriais vergüenza de venderos, Susana?

—¡Vergüenza! repitió ella;—no.

—¿Pues qué es lo que os ha enseñado vuestra madre? exclamó Tyrrel estupefacto.

—Nada.... Soy hija de una muger que abandonó mi cuna, y de un judío á quien ahorcaron en Newgate por ladron.

Susana pronunció estas palabras con un tono natural y sin esfuerzo.

—¿Con que nada sabes? añadió Tyrrel.

—No, respondió ella; sé vivir.

Y animándose por grados, añadió con una voz firme y segura:

—Mi padre era muy rico antes de que le ahorcaran.... Yo he aprendido á engalanarme, á cantar, bailar y hablar las lenguas del continente....

—¿Eso es cierto, Susana? ¡dices la verdad! interrumpió Tyrrel.

—Voy á morir, replicó friamente la jóven.

El pálido resplandor de una lámpara que ardía en una casa vecina, vino á iluminar vagamente las facciones de los actores de esta escena. Las de Susana no habian recobrado su taciturna inmovilidad; la pupila de Tyrrel por el contrario, brillaba con un fuego extraño.

—Di, niña, le preguntó; ¿y si te ofreciesen la vida que pasabas en casa de tu padre?

—¡Mi vida, mi vida! articuló ella; mi vida de entonces!

—Yo te la volveré, te lo aseguro.

Pareció que vacilaba un instante, y luego desasiéndose por un brusco movimiento, salvó la distancia que la separaba del rio, diciendo:

—¡Me han hablado ya tantos así.... No, ¡mi corazon y mi cuerpo son suyos!

—Pero yo no te pido ni tu corazon, ni tu cuerpo, niña, exclamó Tyrrel:—¡soy ciego!

Estas palabras llegaron á los oídos de Susana, en el momento en que se balanceaba ya en equilibrio sobre el agua. Al oírlas se echó hácia atrás, repitiendo:

—Ni mi corazón!—ni mi cuerpo!—ciego!... ¿Entonces qué quereis?

—Quiero tu simple gratitud.

Susana inclinó la hermosa cabeza sobre su seno.

—Un dia, dijo en voz baja, caí moribunda de cansancio y de hambre á la puerta de esa muger que acaba de pegarme.... En cambio de mi libertad me dió pan, ¡nada mas que pan! Pues bien, serviré todavía.

—¿Aceptais? preguntó Tyrrel.

—¿Y qué he de hacer?

Tyrrel sacó de su faltriquera un bolsillo bien provisto, que puso en manos de Susana.

—Aguardad, la dijo, y oid bien! yo os compro; no para mí, que soy débil, sino para una asociacion que es terrible y fuerte.... Yo os conozco mejor que podéis conoceros vos misma, y sé de lo que sois capáz.... Silencio acerca de nuestra

entrevista!... Fidelidad, obediencia pasiva; hé aquí vuestros deberes.... Esta noche retiraos donde queráis.... Mañana al mediodía llamad á la puerta que indica esa targeta; la puerta se abrirá, entrareis y mandareis, porque aquella casa será vuestra.... Adios, Susana. Ya me volveréis á ver.

## II.

*Una cuestacion en Temple-Church.*

**M**IENTRAS que el capitán Paddy O'Charne escapaba por medio de una zambullida á la persecucion de la lancha del resguardo, Stephen Mac-Nab, escocés de nacimiento, médico de profesion, y de edad de veinticuatro años menos dos meses, daba el brazo á sus dos primas para conducir las á la iglesia del Temple.

Las primas de Stephen Mac-Nab iban

del mismo modo todos los primeros domingos del mes á Temple-Church á oír el sermón del reverendo John Bartler, y cantar los salmos. Llamábase Clary la mayor, y la segunda Ana. Su padre, uno de los jueces de paz del condado de Dumfries, residia en el castillo de Grewe, cerca de Lochamaben, y se llamaba Angus MacFarlane.

Clary y Ana eran las dos señoritas mas hermosas que se puede imaginar. Su belleza recordaba involuntariamente aquel grabado en que Thompson ha trasladado de una manera tan graciosa, una de las mas lindas creaciones del gran novelista inglés: *Minna y Brenda Troill*. Sin embargo, Ana y Clary no tenían la hermosura inanimada é hiperbórea de las vírgenes del Norte: eran dos hijas de la Escocia meridional, de talle gracioso y elegante, de fina sonrisa y mirada culta; solo que Clary tenía esta mas orgullosa, la frente mas alta, y la sonrisa algo mas melancólica. Clary se parecia á Minna. Ana por el contrario, tímida y risueña á la vez, habia conservado de jóven su fisonomía de niña,

y no divisaba mas que alegría y felicidad en la lontananza de su vida futura: ningun triste pensamiento habia anublado jamás su serena frente de ángel: sus bellos ojos negros que centelleaban bajo las largas y sedosas pestañas que adornaban sus párpados, no conocian mas lágrimas que las que corren sin amargura, y se secan sobre la megilla sin dejar huellas en el alma: esta era Brenda.

Las dos habian sido educadas en las ideas entusiastas de la devocion escocesa: orar era su ocupacion principal, y los objetos religiosos llenaban su vida. La madre de Stephen Mac-Nab, su tia, en cuya compañía vivian, era escocesa como ellas y no menos piadosa. Su casa no era frecuentada sino por algunas hermanas muy caritativas, pero poco divertidas, y el reverendo John Butler que tenia por las dos hermanas un afecto paternal.

Stephen era un buen muchacho, que despues de haber estudiado los cinco años de medicina, egercia en Lóndres, esperando que el colegio real quisiese admitirle en el número de sus sábios agregados.

Jugaba medianamente al whist, llevaba con elegancia los trages de última moda, y no era escesivamente pedante para doctor en ciernes. Amaba mucho á sus dos primas, á saber: á Clary con amor ó alguna cosa que se le asemejaba, y á Ana con amistad. Pero estos dos sentimientos no se diferenciaban bastante en él para que pudiese darse cuenta de ellos de una manera explícita. Tratando nosotros de definirlos, nos anticipamos á su desarrollo, y si se hubiese preguntado entonces al mismo Stephen, ciertamente no hubiera podido decir tanto.

Sea de esto lo que quiera, el domingo de que vamos hablando, hallándose indispuesta mistriss Mac-Nab, se encargó Stephen del oficio de rodrigon, y bajó gallardamente por la acera de Cheapside, muy orgulloso de llevar del brazo unas muchachas tan lindas. Clary y Ana se apoyaban cada una de un brazo. La primera iba silenciosa y pensativa, y si se sonreía alguna vez á las galanterías de su primo era maquinalmente y por complacencia. Ana le escuchaba sin perder una pala-

bra y creía no haber oído nunca á un jóven tan instruido y tan discreto como Stephen.

A medida que se aproximaban á la iglesia, iba este perdiendo su buen humor. Cinco años de universidad habian amortiguado sensiblemente el ardor de devocion que trajera de la Escocia. Seguia siendo buen cristiano, pero un sermón con el apéndice de muchos salmos le parecia una perspectiva que ofrecia pocos alicientes.

— Soy un atolondrado, queridas primas, dijo de pronto dejando á Fleet-Street para entrar en Inner-Temple.

— ¿Por qué? preguntó Ana.

Clary no habia oído nada.

— Porque me he olvidado de visitar á uno de mis enfermos.

Stephen pronunció estas palabras con algun énfasis. Este enfermo era el que asistia con mas cuidado segun indicó.

— Mañana ireis, dijo Ana.

— ¿Mañana?... ¡tal vez será tarde!

Clary miró á Stephen sonriéndose, é hizo un movimiento de cabeza. Creía que su primo habia hecho un juego de palabras.

— Me gusta la ocurrencia, le dijo.

Stephen fijó en ella una mirada de sorpresa.

—¿Qué es lo que encuentras en esto de agradable, Clary? repuso Ana, Stephen pretende que tiene que hacer una visita indispensable.... y en ese caso habremos de quedar solas....

—¿Qué importa?... luego vendrá por nosotras.

—Sin duda, contestó Stephen con viveza. Es cosa de un momento.

En esto llegaron á las gradas de la iglesia. Ana soltó con aire amostazado el brazo de su primo y entró: Clary la seguía: Stephen se detuvo en la puerta y se puso á reflexionar.

—¿Qué distracciones tan singulares tiene Clary! pensaba; me parece que ha hecho sin grande esfuerzo el sacrificio de mi compañía.... ¿deberé entrar?

Aunque forme el lector una opinion desfavorable de Stephen Mac-Nab, que debe representar un papel interesante en esta historia, nos vemos precisados á confesar que no tenia visita de ninguna especie que hacer en servicio de su cliente.

Temió el sermón de John Butler, y esta era la única razón. Su conducta era, en verdad, reprehensible, pero merece indulgencia en tales casos, un médico de veinticuatro años menos dos meses.—En vez de oír el sermón proyectaba, pues, charlar un rato al amor de la lumbre en casa de algún amigo que viviese por allí, jugar alguna partida de villar ó cualquiera otra cosa, pero la distracción de Clary le dió que pensar. Con este motivo atravesó el cancel y escurriéndose por detrás de los pilares del coro se colocó en un sitio desde donde sin ser visto podía espiar á su gusto á las dos hermanas. Tampoco este paso era regular, pero mediaba palabra de casamiento entre Stephen Mac-Nab y una de sus primas, á elección suya.—Stephen tenía, pues, algún derecho para ponerse en observación.

Temple-Church habia estado lleno casi todo el día. Pero á esta hora apenas se veía en la iglesia mas que la pequeña grey del reverendo John Butler, compuesta en su mayor parte de mugeres. Esta corta congregación asistia al culto

vespertino en el coro, porque Temple-Church, uno de los restos mas antiguos de arquitectura gótica que existe en Lóndres, conserva la apariencia y distribuciones de una iglesia católica.

Por el presente no vió nada Stephen. Las dos jóvenes arrodilladas en medio de una doble fila de mugeres estaban absortas en la oracion. El reverendo John Butler, de pie en el pequeño púlpito, fijo en una de las paredes del santuario, recitaba un salmo que sus oyentes repetian á coro. Luego que acabó el sacerdote, hubo un largo silencio, en el cual cada uno se puso á orar mentalmente. Despues se sentaron todos los fieles.

Entonces pudo Stephen descubrir el rostro de las dos hermanas. Ana antes de sentarse para escuchar la lectura sonrió dulcemente á sus compañeras. Clary no imitó su egemplo, pero dirigió hácia el pilar en que se recostaba Stephen una mirada indiferente y distraida. En el momento se estremeció y dejó caer la cabeza; una palidez súbita reemplazó los vivos colores de sus megillas.

—¡Qué indiscreto soy! se dijo Stephen; me ha reconocido.

Y por un movimiento instintivo se ocultó detrás del pilar. Al cabo de algunos segundos, asomó la cabeza con precaución.

Clary habia conservado la misma postura, y aunque el ministro pronunciaba ya las primeras palabras de la plática, aun no se habia sentado. Una fuerza misteriosa parecia paralizar todos sus miembros, y su mirada penetrante y llena de fuego no se apartaba del pilar.

—¡Qué cosa tan estraña! pensó Stephen; jamás la he visto mirar así.

Y despues de haber repetido por dos veces la misma operacion, se hizo esta pregunta, que otro se hubiera hecho desde la primera prueba.

—¿Será á mí á quien mira?

Para asegurarse dió la vuelta al pilar con rapidez, y se encontró de frente con un hombre, que como él, estaba recostado en la base. Este hombre tenia los ojos cerrados, y una vaga sonrisa se notaba en sus labios.

Stephen se estremeció y perdió el color á su vez. Echó una rápida mirada á Clary, pero esta se hallaba entonces vuelta de espaldas, porque acababa de sentarse. Ana fue quien respondió á su mirada con otra de gratitud que queria decir:

¡Sea en buena hora! no ha durado mucho tu visita.

En aquel momento sintió Stephen que le embargaba el corazon una angustia profunda y verdadera; la primera quizá que habia experimentado jamás. Su conciencia, ese libro que cada cual lleva siempre delante de su vista y que jamás se hojea, sino cuando se está en peligro, se abrió por sí mismo mostrando un nombre escrito en legibles caracteres. Stephen perdió en aquel instante esa calma descuidada que resulta de no conocerse á sí propio. Clary á quien habia amado hasta entonces *en sus ocios*, por decirlo así, y cuando no tenia otra cosa mejor que hacer, Clary se le presentó como el objeto de su vida, como la única cosa indispensable á su felicidad. Nada de vacilar; ni un pensamiento para Ana ni sospechas siquiera de que esta hu-

biera podido nunca contrabalancear á su hermana. Amaba á Clary, lo sabia y no se acordaba ya de aquel tiempo lejano, que era el minuto precedente, del cual le separaba para siempre un abismo; de aquel tiempo, digámoslo así, en que no conocia su propia pasion. Se le abrasaba la frente; latia el corazon en su pecho con violencia; sus ojos se turbaban y querian llorar....

Ahora bien, ¿por qué esta repentina aparicion de un amor escondido hasta entonces, y cuyo gérmen apenas tenia vida?

Consiste esto en que la pasion duerme al lado de un objeto que puede tocar con solo estender la mano, consiste en que para conocer el precio de un tesoro es preciso tener recelo de perderle; esto es lo que Stephen se decia:

— ¡No era á mí á quien miraba!

Quedó algunos minutos como confundido; su carácter firme y positivo hizo un esfuerzo para dominarse y no lo pudo conseguir. Echó una mirada que rebosaba odio sobre el hombre que creía su rival, y le declaró en el fondo del corazon una guerra á muerte.

Este se hallaba bien lejos de sospecharla. Sus ojos seguían cerrados: su boca conservaba la misma sonrisa.

Tentaciones tuvo Stephen de cogerle de un brazo y arrastrarle fuera para provocarle y acabar de una vez; ¿pero qué aparente motivo debía dar á su provocación? Por otra parte, si bien Stephen era lo que se llama un hombre sereno, y había tenido muchos duelos en sus cinco años de estudios, era sin embargo de esto, todo un escocés. La espada y la pistola le parecían medios eventuales y poco seguros en un negocio importante. Pertenece á la clase de esas personas discretas y lógicas en sus odios, que se baten de buena gana por una mirada al través: pero piensan que para reparar un grande agravio es el duelo un medio insuficiente y con frecuencia ilusorio. El se hacia este argumento, digno de un licenciado de Orford: ¿X.... me lastima en mis mas caros intereses; yo le provocho, y me mata: quedo vengado?

En el caso presente adquiria nueva fuerza este razonamiento. El individuo apo-

yado en el pilar, y que era actualmente el X.... del problema anterior, parecía un modelo de agilidad y vigor muscular. Era de edad de unos treinta años, al menos en la apariencia; talla elevada, elegante y de aire aristocrático. Su traje sencillo, pero de esquisito gusto, se asemejaba al traje de los esclavos de la moda como un cuadro de Rafael puede parecerse á la descolorida copia de un pintorreador. En cuanto á sus facciones ofrecían un tipo notable de belleza varonil é inteligente; su frente altiva, ancha, y sin arrugas, aunque atravesada de alto á bajo por una ligera cicatriz casi imperceptible, cuando su fisonomía estaba en reposo, se veía adornada de hermoso pelo negro. No se podían observar sus ojos; pero bajo aquel párpado cerrado se dejaba traslucir su poder. La boca entreabierta aun por la sonrisa, estaba también adornada de un fino bigote negro á la española, y dejaba ver una hilera de dientes pequeños y blancos que pudieran hacer honor á la boca de una muger hermosa. Este conjunto de facciones, quizá un poco delicadas, era realzado por sus cejas cuyo

corte atrevido y gracioso le daba un aspecto de firmeza y altivez. Recostado en el pilar en actitud negligente, tenia la apariencia de dormir ó de seguir entretenido con un pensamiento halagüeño; su fisonomía reflejaba á primera vista una série de sensaciones fugitivas, pero agradables.

Stephen le contempló largo rato con despecho. El jóven médico se tenia por buen mozo, mas no le ocurrió siquiera que pudiera establecerse un paralelo entre él y aquel arrogante extranjero. Sus celos se lo pintaban mas perfecto aun de lo que era realmente y á sus ojos, aquel hombre medio dormido tomaba proporciones extraordinarias y fatales; era uno de aquellos hombres de aspecto magnético que se ponen en los romances espresamente para destruir las reputaciones mas acrisoladas; era un don Juan, y aun es disputable que don Juan tuviese tan hermosas patillas, quedando fuera de duda que no podia gastar un chaleco tan lindo.

Stephen no podia siquiera afearle la imperfeccion de la cicatriz que le atravesaba la frente, pues no se la veia á pesar de es-

tar iluminada toda su persona por la viva claridad que dejaba entrar la claraboya que habia en el fondo de la iglesia. Era preciso, en efecto, para que esta cicatriz apareciese blanca y hundida, que se colorase su frente al ímpetu de una pasion repentinamente escitada. Mas en aquel momento la frente del adormitado rival estaba pálida y lisa como la de un niño.

No encontrando defectos, se fijó Stephen en los ojos que estaban cerrados; se los representó rojizos y saltones; despues engañado por la esperanza se frotó las manos diciendo:

— ¡Quizá sea bizco!

Esta benéfica idea le calmó visiblemente y como el sermon iba á concluirse, se alejó del desconocido para observar mas cómodamente la conducta de Clary en el movimiento que iba á tener lugar entre los concurrentes.

Apenas se habia colocado en su nuevo sitio, cuando aquellos se levantaron en masa: el alma de Stephen se trasladó al sentido de la vista.

Al levantarse echó Clary otra mirada

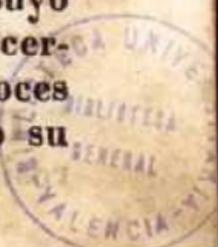
hacia el pilar. También por esta vez fue larga, penetrante y llena de fuego. Stephen hubiera dado medio año de su vida por una mirada semejante. Mas quiso ver cómo respondía á ella el soñoliento.

¡Cosa estraña! aquel seguía durmiendo, pues no habia abierto los ojos; por lo visto nada tenían que ver con él aquellas miradas. Stephen se sintió profundamente humillado.

— ¡Ni siquiera la vé! articuló temblando de rabia; — ella es quien ama y no él.... ¡este hombre me ha vencido sin saberlo!

No era muy difícil que así sucediese. Esta conclusion implícita lastimó vivamente á Stephen, y le ocasionó un sudor frio. Envidiaba entonces á los héroes del teatro d'Adelphi, que llevan siempre puñales en el cinto á fin de suicidarse cuando llegue la ocasion.

Entretanto un suspiro comprimido agitó el pecho de Clary, que á pesar suyo tuvo que volverse hacia el altar. El sacerdote entonó un salmo, y un coro de voces puras y argentinas ahogó bien pronto su acento tembloroso.



El del pilar aprestó el oído con voluptuosidad como un lagarto á cuya inmediatecion se toca la flauta. Su sonrisa se hizo mas perceptible, y toda su fisonomía espresó un vago arrobamiento. Stephen le contemplaba con sorpresa. A medida que se elevaban las voces, la fisonomía del desconocido era mas muelle y sensual; parecia arrebatado por un éxtasis delicioso.

—Para los pobres enfermos de la parquia! pronunció en este momento una voz suave detrás de Stephen.

Este se volvió y reconoció á Ana que llevaba la bolsa de pedir, segun la moda de entonces que comienza á aparecer en algunas congregaciones protestantes.

Stephen en medio de su desesperacion se creyó con derecho á obrar como un loco; metió la mano desafortadamente en el bolsillo del chaleco, y poseido de un acceso de prodigalidad incalificable, arrojó en la bolsa estrepitosamente, y una despues de otra, hasta cuatro medias coronas. Ana le dió gracias con una amable sonrisa.

Despues de este acto novelesco de generosidad, Stephen se estiró tosiendo fuerte,

y luego echó una mirada triunfante á su misterioso rival.

— ¡Al menos te aventajo en esto, rival odioso! dijo para sí.

— ¡Para los pobres enfermos de la parroquia! repitió Ana deteniéndose delante del que dormitaba.

Este se conmovió y entreabrió los ojos. Al ver á Ana, dió un paso atrás llevando la mano á la frente, como hace uno cuando se cree juguete de una ilusion; luego quedó inmóvil, fijándose en la hermosa niña con una mirada devoradora.

Ana, ruborizada de ser objeto de la admiracion de aquel hombre, quiso alejarse; pero él la detuvo con un ademan lleno de gracia, y sacando de su bolsillo una preciosa cartera tomó un billete de banco de diez libras que puso en la bolsa, inclinándose profundamente.

Stephen apretó convulsivamente los puños, y se mordió los labios hasta hacerse sangre.

Habia visto en la esquina del billete distintamente grabada la palabra *ten* (diez).

— ¡Diez libras!... ¡y yo diez schelines! murmuró.

El desconocido siguió algún tiempo con los ojos á Ana mientras continuaba pidiendo. Luego que se confundió entre la multitud, enderezó con elegancia su arrogante cuerpo paseando al rededor de sí una mirada serena. Esta cayó indiferente y distraída sobre Stephen.

— ¡No es bizco! pensó este con dolor.

Después, reflexionando un poco añadió:

— ¿Mas dónde diablos he visto yo esta cara?

En vano fue repasando todos sus recuerdos; tuvo por fin que reconocer que sin duda le inducía en error alguna vaga semejanza.

El desconocido, en efecto, no era bizco; muy al contrario, sus grandes ojos de un azul oscuro, realzaban la gracia de su fisonomía. Su mirada era imperiosa y llena de vida; al propio tiempo, el esmalte que rodeaba su pupila tenia esa apariencia seca y sin brillo que indica, según Lavatér, una sensualidad razonada y sin límites.

Era muy entrada la noche. La parte del

templo que ocupaban las congregantas estaba perfectamente iluminada, al paso que la nave principal y las laterales quedaban en completa oscuridad. El arrogante incógnito, interrumpido en lo mejor de su meditacion, abandonó el pilar en que todavía se apoyaba y se dirigió lentamente hácia una de las naves del costado.

Al mismo tiempo que él, se puso en movimiento un hombre mal vestido y con trazas de facineroso, que al ver el billete de banco entregado á la limosnera habia abierto tantos ojos. Este hombre en lugar de seguir á nuestro reflexivo personage, tomó la nave opuesta, de tal suerte que en su paseo circular debian encontrarse los dos en el centro de la principal; esto es, en el sitio mas oscuro y desierto.

Stephen lo notó y ocurrióle un pensamiento repentino. El vivia en Lóndres bastante tiempo habia para no ignorar que nuestra civilizacion está en el dia tan avanzada que la generalidad de los malhechores no temen el sacrilegio. Creyó, por tanto, adivinar que se iba á cometer un asesinato que, en el caso de ser fundada

sus sospechas, favorecia sin duda sus intereses; pero Stephen, aunque no era un héroe de novela, era un jóven de educacion y de honor. Rechazando pues el sentimiento egoista que instantáneamente le habia impulsado á alegrarse, dejó tambien su sitio y se metió en la oscuridad de la bóveda, resuelto á socorrer lealmente al desconocido, si necesario fuese.

Este seguía marchando á paso lento; se detenía á menudo, volvía hácia atrás y empezaba de nuevo su paseo, como si anduviese buscando á fuer de inteligente, el punto preciso mas favorable para oír la santa música de los salmos, apagada y perdida á lo lejos en la bóveda. Otras veces levantaba la cabeza y admiraba las misteriosas guirnaldas formadas por las molduras de los arcos, á los cuales llegaban pálidos reflejos de las luces del presbiterio, mientras que la bóveda misma permanecía oculta en la oscuridad. Contemplaba la confusa multitud de pilares gigantescos iluminados en una sola de sus aristas, de manera que cada uno parecia una estrecha faja de luz que brotaba del suelo hasta tocar en el

artesonado. A cada paso se encontraba una nueva perspectiva siempre mas seductora y estraña. Este gigantesco kaleidoscopio, variando al infinito sus sombríos cuadros, traspasaba los límites de la mas bizarra fantasía. Nuestro reflexivo caballero no habia hecho mas que mudar de ensueño. Este último estaba lleno de mágicas transformaciones que estasiaban deliciosamente, obligándole á olvidarse de sí mismo y del mundo entero.

Siguióle Stephen por algunos instantes; pero la nave estaba ya tan oscura por esta parte, que á diez pasos desaparecian los objetos completamente. En una de aquellas caprichosas variaciones de rumbo que iba haciendo nuestro héroe, le perdió Stephen de vista repentinamente, y por mas que hizo no pudo descubrirle otra vez. Entonces se dirigió con precipitacion hácia la otra nave para detener al miserable á quien suponía proyectos sacrílegos. Mas tampoco pudo hallar á aquel hombre.

Stephen entonces se quedó en una perplejidad estraña. ¿Debia él por una simple sospecha que á primera vista podia pa-

recer absurda á cualquiera, debia por ella sola interrumpir la ceremonia religiosa y hacer que se iluminase la nave? ¿Debia esperar un grito, una señal cualquiera que le indicase á dónde le hacia falta su socorro? El primer medio era sin duda el mejor y más seguro. Mas Stephen no osó emplearlo, y aguardó entregado á una especie de agitacion febril, creyendo oir á cada momento el grito ronco y cortado de un hombre herido mortalmente.

La salmodia armoniosa y santa continuaba resonando en la bóveda.

Los acentos melodiosos del santuario y el lúgubre silencio de la nave, el resplandor del uno y la profunda oscuridad de la otra, formaban un contraste terrible, sobre todo, cuando se pensaba que de este silencio y de esta oscuridad podia salir á cada instante un grito de agonía...

Sin embargo, nuestro reflexivo caballero, ignorando el peligro, acaso imaginario, y la solicitud de que era objeto, proseguia su paseo deliciosamente distraido. Habia llegado á aquel sitio de la nave en que está alfombrado el suelo con espesas es-

teras de junco. Estas eran las que apagando el ruido de sus pasos habian hecho á Stephen perder su rastro. En este sitio las notas del canto religioso, estrellándose en la doble barrera que formaban los pilares del crucero y las columnas del altar, llegaban á su oido moribundas é impregnadas de una melancólica armonía. El crucero despedia su luz enfrente de él: el Crucifijo de mármol blanco rielaba con un divino resplandor. Nuestro desconocido entregaba su corazon sin reserva á toda la poesía que le rodeaba. Evocaba los recuerdos de su cristiana juventud. Reposaba en un delicioso éxtasis de las fatigas de una vida muy agitada quizá ó acaso muy culpable. Porque tal era nuestro personaje: hombre voluptuoso podia hacerse cristiano por una hora á fin de saborear esclusivamente las emociones de un vago misticismo y podia tambien ser benéfico para gozar de la dicha que proporciona la beneficencia. Era un hombre entregado enteramente á las sensaciones, que sabia encontrar un goce en cada objeto y en cualquiera accidente: un hombre capáz

del bien y del mal: generoso por carácter, franco y entusiasta por naturaleza, pero egoísta por circunstancias, indiferente por cálculo, y dispuesto á vender el universo por un cuarto de hora de placer.

Aquella energía que otros emplean en acercarse á un objeto único y por largo tiempo codiciado, él la prodigaba para gustar ligeramente un goce efímero, para satisfacer un capricho: conseguido esto, cedía su lugar á un nuevo deseo, y entonces se sucedían otros esfuerzos, siempre coronados por el buen éxito, porque eran poderosos, pero seguidos siempre de una laxitud apática, que volvía á ser reemplazada por una actividad devoradora.

Aunque su existencia no habia sido hasta entonces mas que una larga serie de pasiones saciadas y de gusto cumplidos, su corazón y sus facultades habian conservado una sensibilidad virginal. Gustaba el amor á pequeños sorbos, como sorbe el vino un inteligente; su odio le era precioso cuando por acaso aborrecía; pero no anhelaba esas venganzas brutales cuyos tiros se dirigen al cuerpo, sirviéndose del acero

de un puñal. Por otra parte, era demasiado fuerte para tener ocasiones de odiar. Los que no le conocían le admiraban y le amaban; los que le conocían no sabían resistirle, y tenían que bajar la frente bajo su voluntad de hierro.

Aquel día le había dado por meditar, y se entregaba de corazón á este placer. La poesía abundaba en torno suyo, y empezó á saborearla como un retórico ó una mugger-autor. Al día siguiente acaso se reiría con desden pensando en su felicidad de la víspera.

Las congregantas habían entonado el último salmo. El soñador, sintiendo que le iban á quitar la copa de los labios, procuraba no dejar en ella una sola gota: se tendió, pues, sobre un banco para mirar y escuchar mejor.

Al sentarse creyó oír un ligero ruido detrás de sí y no paró la atención: poco fue suficiente para hacer girar sobre su eje de vapores, esa aérea veleta que se llama imaginación. Insensiblemente, y sin echarlo de ver, invadieron el pensamiento del desconocido ideas nuevas. La inmensa

nave, tenebrosa y solitaria, se le ofreció repentinamente bajo un aspecto lúgubre: los últimos sonidos de la música sagrada le parecieron muy á propósito para impedir que se oyese un acento de agonía. La sombra podia ocultar á los malhechores, y mientras oraban los fieles allá abajo entre las lámparas y cirios encendidos, velaba quizás Satanás en el fondo de aquella oscuridad, y guiaba sonriendo los pasos cautelosos de un asesino.

Se hallaba entregado á estos nuevos pensamientos, cuando otro rumor ligero tambien, pero mas cercano, llegó á sus oídos: parecia el roce de un cuerpo contra la estera. El desconocido permaneció inmóvil; pero desapareció la ilusion y su espíritu, volviendo súbitamente al dominio de la realidad, examinó friamente su situacion. Por un movimiento lento, continuo, imperceptible, volvió la cabeza y observó un bulto negro que se dirigia hácia él arastrando.

— Ese bellaco me ha robado la idea, pensó entonces, — me quiere sin duda asesinar.

Sin embargo, esperó todavía sin moverse: al cabo de unos segundos, el individuo que se arrastraba de aquel modo y que era el hombre de mala traza, se levantó bruscamente y dió un paso que le faltaba para acercarse del todo; — pero su cuchillo aunque iba bien dirigido fue á clavarse en el espaldar del banco. El incógnito se pudo escurrir con agilidad. Cuando el asesino quiso secundar el golpe sintió su muñeca oprimida como por un tornillo.

— ¡Ay! exclamó, dejando escapar un doloroso gemido: — yo creí que no había en el mundo otra mano tan vigorosa como aquella!

Aproximó su cara á la del desconocido. Los ojos de ambos estaban habituados á la oscuridad: se reconocieron al mismo tiempo.

— ¡Bob-Lantern! exclamó el elegante meditabundo.

— ¡Perdon! ¡Vuestro Honor! dijo el asesino cayendo de rodillas. — No os había conocido.

Su Honor soltó el brazo de Bob-Lan-

tern. Este juntó al momento las manos en ademán suplicante.

— Mi querido señor, mi buen amo Mr. Edward, con este trage teneis el talle esbelto como una muchacha.... No podia reconoceros.

— Y es esa una razon para asesinar.... en una iglesia....

— Tenia hambre, señor.... vos no dais á menudo, y la vida es muy cara en Londres.... si fuera como allá en Escocia....

— ¡Silencio! dijo imperiosamente Mr. Edward, — ¿qué hacen tus compañeros?

— Poca cosa... la vida es tan cara....

— Acudid mañana, y se os pagará, pero cuidado, ¡por Satanás! con otro golpe en vago como este, compadre Bob!

Mr. Edward se dirigió hácia el trascoro. Bob le siguió con las manos en los bolsillos, á manera de un perro á quien acaba de castigar su amo.

Cansado de tanta agitacion Stephen se habia vuelto al crucero en donde la congregacion se disponia para salir. ¡Cuál fue su sorpresa cuando vió al desconocido que venia escoltado por el hombre andra-

joso como habia pasado el peligro, volvieron á tomar cuerpo todas sus ideas de odio y despecho, y casi se arrepinti6 de la inquietud que habia experimentado.

Mr. Edward no merecia ya en este momento que se le aplicase el epiteto de meditando que tanto hemos repetido.

Andaba con la frente levantada y el cuerpo derecho, como un hombre exento de toda preocupacion. Se detuvo un momento delante de las congregantas, y tirando el guante con que habia tocado el brazo de Bob-Lantern, emprendió la larga y dificil operacion de hacer entrar sus dedos en otro.

Bob recogió el guante y le guardó. Pobre prenda era esta; pero hay personas que no quieren que se pierda ni una espina, y Bob-Lantern era hombre capaz de buscar en las faltriqueras de otro, cuanto mas de recoger lo caido.

Mientras se ponía el guante divisó Mr. Edward á la encantadora limosnera que se le habia aparecido al volver de su meditacion, pero no reparó en Clary, cuya mirada no le abandonaba un instante; Ste-

phen por el contrario, solo veia á Clary, y los celos le hacian hervir la sangre.

Antes de partir echó el lente Mr. Edward.

— ¡Es sin disputa hechicera, divina! articuló haciendo señas á Bob para que se acercase.

Cuando lo tuvo al lado le dijo al oido:

— ¿Ves bien aquella preciosa muchacha allá abajo; cerca del púlpito?

— Veo muchas, señor.

— La mas bonita.

— Eso es segun los gustos.

— La que cierra ahora el libro de oraciones.

— ¿La limosnera?

— Precisamente.... la vas á seguir, y mañana me traerás noticias tuyas.

Bob-Lantern hizo un signo afirmativo, y Mr. Edward, habiendo acabado de ponerse el guante efectuó su retirada. Pasó muy cerca de Stephen, pero no reparó en la rencorosa mirada que le dirigia el jóven médico. Clary le siguió con la vista hasta la puerta.

Apenas se habia marchado, cuando

Stephen se lanzó hácia Bob-Lantern.

—¿Quién es ese hombre? le dijo.

—¿Qué hombre? preguntó Bob, en vez de responder.

—El que acaba de hablaros.

—Ese no es un hombre, dijo Bob con énfasis, es un señor.

—Su nombre.

—No lo sé.

Stephen sacó un soberano que puso con disimulo en la mano de Bob-Lantern.

Eso es diferente, dijo este último, colocando la moneda de oro en parte segura;—¿quereis saber su nombre?

—Sí, despacha!

—Pues no lo sé.

Y haciendo aquella especie de reverencia que en todos los paises usan para manifestar su agradecimiento los mendigos, añadió:

—¡Dios os bendiga! caballero.

Y desapareció.

Llegada y triunfo de un Leon.

 QUELLA misma noche de que vamos hablando habia baile en Trevor-House. Lord James Trevor, magnate de elevado nacimiento y de fortuna inmensa, habia hecho un papel brillante en política algunos años antes. Desde la entrada del ministerio whig no se mezclaba en ella, y sus salones eran el punto de reunion de las notabilidades del partido tory. Era viudo, y vivia con su hermana lady Campbell, la

cual se habia encargado con gusto de la educacion de miss Mary Trevor, hija única del conde.

Lady Campbell habia sido hermosa en 1820. En 183... época en que pasa nuestra historia, habia perdido ya gran parte de su belleza, pero de ninguna manera el deseo de agradar; deseo que no se manifestaba por esos mimos grotescos con que nuestros novelistas diplomáticos, que son finos observadores, adornan á las coquetas del gran mundo. Lady Campbell no usaba del abanico mas de lo necesario para refrescarse la cara, no pascaba con intencion sobre la concurrencia esas miradas lánguidas y sorprendentes, no condenaba con crueldad á sus amigos á que la arrastrasen al rápido torbellino del wals. Su coquetería era distinta, pero mas razonada. Muger de talento y de gusto exquisito, habia deseñado de buena fe toda pretension exterior á la juventud. Si bien en oposicion al defecto que ordinariamente se atribuye á las mugeres de su edad, casi se podia formular contra ella esta verosímil acusacion:

—¡Lady Campbell se hace mas vieja de lo que es!

Y hé aquí una prueba patente, aunque indirecta, de la eterna verdad de aquella máxima de la escritura: «Los que se humillen serán ensalzados.»

Pero no basta á una muger hacerse vieja para conseguir que se la perdone el no ser jóven. En este punto se presenta un escollo que hay que evitar á toda costa, so pena de envejecer de hecho. Lady Campbell habia reconocido de lejos este escollo, y le habia costeadado como piloto esperto. Al paso que se abstenia de los placeres de la juventud, los comprendia y alababa, y no rehusaba confesar ingénuamente, en caso necesario, lo que ella llamaba sus recuerdos; de suerte que las personas que la trataban solian preguntarse por qué lady Campbell se habia retirado tan temprano del mundo: pregunta en verdad, lisongera para ella.

Lady Campbell era, pues, en la sociedad en que vivia, una muger escepcional, cuya edad quedaba fuera de discusion, y que brillaba en medio de un círculo esco-

gido, del cual era la reina y oráculo. Los caballeros que la servían eran la flor de la juventud elegante: hiciese lo que quisiera, no se la respetaba, se la amaba.

Esto era un triunfo, pero acaso el honor de alcanzarlo no se debía atribuir del todo á las sábias maniobras de lady Campbell. Además de su poderoso atractivo, tenía á su lado un imán, cuya influencia no debemos dejar en olvido.

Miss Mary Trevor tenía diez y ocho años; estaba dotada de esta belleza suave, pero delicada, y como cubierta de una gasa cuyo tipo se encuentra reproducido á menudo en todos los lienzos de nuestro Reynolds, y se entrevé á veces detrás de las cortinas de un magnífico tren con blason, ó bajo la nobilísima bóveda de Westminster. Su talle era elevado, y se inclinaba un poco hácia adelante por su misma elevacion. Una blancura diáfana y nacarada formaba el fondo de su tez, que se animaba algunas veces por un ligero viso sonrosado, el cual jamás llegaba á constituir ese colorido brillante, síntoma de vigor y de salud, que los conoedores

llaman frescura, y los franceses la belleza del diablo. La transparencia de su cutis se distinguia especialmente al rededor de los ojos donde tomaba un ligero tinte azulado, en medio de la frente y sobre las sienes, donde dejaba ver una madeja suelta de venas sutiles. Sus cabellos rubios y sumamente finos, colgaban en ligeros rizos á lo largo de sus megillas. Sus ojos de un azul bajo, estaban frecuentemente un poco cerrados, y parecia entonces que flotaban en un centro húmedo y centelleante. Su sonrisa era la de un niño, pero cuando se ponía seria, una arruga ligera é incierta tocaba por cada lado el estremo de sus labios, dando á su boca una espresion de desden.

Miss Mary era así por naturaleza; la educacion la habia dado nuevos encantos. Sabia hablar y callar, cada uno de sus movimientos descubria una gracia desconocida hasta entonces; hiciese lo que quisiera, siempre obraba bien, y á tiempo. Tímida en cuanto debia serlo, é ignorando además todo lo que las mugeres no tienen necesidad de saber, habia aprendido á parecer

desconfiada de sí misma, que es lo que constituye la modestia de las personas orgullosas; habia aprendido tambien á no dudar nunca del mérito de otro, á no mentir, excepto en los casos de necesidad, y á prolongar su sonrisa mucho despues de haberse olvidado la espresion que la produjera.

Miss Mary era la obra de lady Campbell. Delicada de espiritu como de cuerpo, habia sido en manos de su hábil tia una blanda y flexible cera para formar el modelo que se propuso. Lady Campbell estaba con razon envanecida de su obra, y era escesivamente celosa del despótico poder que egercia sobre su sobrina.

Esta era hija única. Su padre tenia 50,000 libras esterlinas de renta á juicio de casi todos, pero algunos afirmaban que era mucho mayor su fortuna.

Se debe suponer, pues, que aquella rica heredera, que aun en medio de la pobreza hubiera sido amada por sus cualidades, no carecia de adoradores. En efecto, hacia dos años que habia entrado en el mundo, y desde aquella época se vió constantemente rodeada de una corte numerosa.

A la aparición de un astro nuevo, cada cual por humilde que sea, siente renacer la esperanza: ¡el amor hace tantos milagros! Pero á medida que el astro se eleva sobre el horizonte, el círculo que le rodea se estrecha. Los humildes se hacen justicia y se retiran, á menos que no prefieran enfermar de melancolía amorosa, permaneciendo á cierta distancia; entonces quedan los fuertes, y entre ellos se establece la lucha. Cuadro que podia ofrecer un bello espectáculo á nuestros lectores, si no fuese tan comun, y visible *gratis* en cualquier salon en que haya una heredera.

La lucha entre los fuertes tiene un resultado: la jóven escoge, ó su familia lo hace por ella. Entonces las filas se estrechan de nuevo, las ambiciones vencidas quedan mudas; los humildes y los fuertes vuelven á ser iguales: todos tienen parte en los rayos del astro, pues este en el hecho de ser desde hoy la propiedad de uno entra de derecho en el dominio de todos.

La existencia social de miss Mary habia pasado con regularidad por estas diversas fases. El fuerte entre los fuertes habia

sido un jóven de fortuna modesta, pero de noble origen, hijo segundo del difunto lord conde de Fife, y que llevaba el nombre de Frank Perceval. Miss Mary, ó mas bien lady Campbell, le distinguió, y todos creyeron la batalla acabada; sin embargo cuando menos se pensaba presentóse un nuevo campeon que restableció la lucha y triunfó decisivamente.

Pero es preciso confesarlo: este campeon era nada menos que Rio-Santo en persona.

La moda ha inventado posteriormente estrañas fábulas, con que se deja alucinar el vulgo. Así, para citar un egeemplo, París y Lóndres han creído no ha mucho en la existencia de ese ser fabuloso, llamado Mr. de Montrond. Los diarios hablaban de él, y muchas personas pretendian haberle visto, quién en las Tullerías, quién en casa de Meternich, quién en Apsley-Housa, á la mesa del duque de Wellington; quien, en fin, en alguna lóbrega taberna. Aquel personage estaba relacionado con toda la diplomácia europea, y conocia á todos los usureros del universo.

Todo esto, sin embargo, era un rumor sin fundamentos. Los mejores historiadores ponen en duda en 1845 la existencia de Mr. de Montrond, y de su criado fantástico, que era al mismo tiempo su propietario. Una memoria curiosa que deberá ser sometida dentro de poco á la sociedad real de literatura de Lóndres, no dejará duda alguna con respecto á este punto.

Pero todo el mundo ha conocido en 185... al marqués de Rio-Santo, al seductor, al incomparable marqués. Todo el mundo se acuerda de su magnificencia oriental; todo el mundo ha podido saber que gastaba cuatro millones en cada estación, 4,000 libras esterlinas por mes, y que sin embargo no era judío!

Un año llegó abril, y Rio-Santo no se habia instalado en su palacio de Pall-Mall; pasó abril, despues mayo. El Jockey's-club se cubrió el rostro como un solo sportman; Hycle-Park se llenó de luto, y el cuerpo de baile de Italian-Opera-House, danzó un paso fúnebre en honor suyo. ¿Habia muerto? ¿estaba arruinado? Nadie podia decirlo, ni despues se ha podido

averiguar la verdad. Y además, ¿qué importaba? Mas los hombres como Rio-Santo necesitan vivir mucho tiempo. Ellos pasan un dia ó un año en una ciudad, despues se van á otra; pero su memoria queda. Los lacayos se descubren antes de pronunciar su nombre, y cuando se habla de ellos, solo las feas bajan la vista dejando advertir una melancólica sonrisa.

La generalidad piensa que Rio-Santo volverá algun dia. Nosotros no nos hallamos de humor de dar nuestro parecer por ahora respecto de esto.

Siempre será él quien en 185.... llegó de París, en donde habia permanecido cuatro ó cinco inviernos seguidos siendo el rey de la moda. Llegó seguido de su egército de lacayos y escuderos que traian caballos, el mas inferior de los cuales valia por tres ó cuatro de los del célebre conde de Cambis, de sus jáurias reales, y de muchas docenas de baronesas que deliraban y se volvian locas de amor por su tez pálida y sus brillantes ojos azules.

Lóndres no se conmueve comunmente sino por cosas extraordinarias. Los prínci-

pes extranjeros, los hijos de los emperadores pasan por esta ciudad completamente desapercibidos; los tenores mas prodigiosos egecutan el tránsito de su *do* de pecho, sin escitar la menor admiracion. Para hacer grande efecto en esta ciudad sorprendente y civilizada, es preciso ser oso blanco, dromedario, ó por lo menos carnero con cuatro cuernos. **Rio-Santo** no era nada de todo esto: no era mas que un marqués, y sin embargo, tres dias despues de su llegada, en todos los cuartos de todas las casas y en todas las calles de **Lóndres**, era el objeto de las conversaciones. Los palacios de **West-End** se ocupaban de él; en las tiendas de **Holborn** y de **Strand** se armaban numerosas disputas sobre su persona: en los puestos de **Bishop's-Gate** resonaba su nombre tergiversado. Se hacian sobre él mil congeturas en **Saint-James**, en **Clare-Market**, en **Richmond** y en los chirivitiles de **Smithfield**. Y sin embargo nadie podia lisongearse de haber visto á aquel famoso marqués de **Rio-Santo**, de que todos hablaban. Este pasó en la soledad de su magnifica casa de **Pall-Mall** los

tres ó cuatro primeros dias de su llegada á Inglaterra. ¿Mas qué importaba esto? Habia en los salones de una y otra aristocrá-cia una veintena de señoritos vestidos con maravillosa elegancia, los cuales cantaban sus alabanzas en todos los tonos; y referian de él historias capaces de causar un síncope al mayor valenton. Habia en las reuniones de gente ordinaria, y hasta en las sociedades de trastienda, honestos *semi-leones*, elegantes jovencitos con espolines, pero que estaban acostumbrados á manejar la vara de medir, los cuales hacian una reverencia al oír el nombre respetado del ilustre marqués: en fin allá en el último rincón de las tabernas, habia tambien desarrapados que entre dos vasos de ginebra, chapurreaban este mismo nombre. ¿Y por qué todo esto? no podremos decirlo. Sabido es que, cuando los hombres hablan, las mugeres encarecen y charlan mucho. De aquí ese atronador concierto que desde el salon, la antecámara, la tienda y la boardilla, enviaba al cielo nebuloso de Lóndres, el nombre mil veces repetido de Rio-Santo.

Y cada cual se representaba á este mis-

terioso marqués según la inclinación natural de sus ideas. Los maridos engañados por su fama y reputación, esperaban ver el manto rojo de Fra-Diávolo ó al menos el sombrero con pluma de don Juan. Las mugeres suponían á su desconocido rostro dotado del no sé qué fatal que la turba de novelistas concede á sus ridículos héroes. Las jóvenes le veían en sus sueños con ojos reflexivos, frente ancha, nariz aguileña y una sonrisa infernal pero encantadora. Las criadas viejas, en fin, se figuraban que tenía tres sortijas de similor en cada dedo, un bastón de rinoceronte y joyas por valor de tres mil libras esterlinas.

Fácil es de comprender cuánto esta incertidumbre y misterio debían aumentar el deseo que todos tenían de conocer al marqués de Rio-Santo. Sin embargo, este deseo no pasaba de cierto círculo social. En efecto, las gentes de baja esfera se contentan con admirar simplemente á los reyes de la moda, cuando un hortera divisa por casualidad al *leon* (le llamamos el *leon* en singular, porque este monarca es siempre único, y los personajes comunmente

llamados así por el vulgo nos parecen, cuando mas, unos sabnesos bastante feos), no le conoce y pasa de largo, pues le falta el criterio necesario para apreciar sus terribles perfecciones; el grande anhelo que tenian todos de ver por fin á Rio-Santo quedaba concentrado especialmente en la aristocr cia, y se estendia un poco hasta el alto comercio. Como si no hubiese ya bastantes motivos de curiosidad, se mezcló tambien en esto la política. Empezó   circular un vago rumor en los clubs bien informados ordinariamente, donde se decia que el gran marqués era un enviado secreto de una corte estrangera de primer órden. Su mision se suponía que era confidencial y de la mayor importancia. Por lo demás nadie podia afirmar de positivo el hecho: pero justamente por esta causa el hecho pasó como positivo y plenamente probado.

Por esto hubo empeño entre los whigs y los torys sobre quién recibiría su primera visita. Se cruzaron mas de treinta invitaciones firmadas por hombres distinguidos, el menor de los cuales significaba un

palacio y muchos millones. Rio-Santo no se apresuró á escoger. Se dejó desear el tiempo conveniente; y mas adelante, una noche despues de su primera escursion de Richmond, se hizo conducir á Derby-House.

Lady Ophelia Bernwood, condesa de Derby era viuda de un caballero de la Jarretiere. Su fortuna hubiera podido rivalizar con la de los primeros banqueros de Thames-Street: tenia veinticinco años y pasaba por la jóven mas preciosa de Kings-Road, que es una calle muy larga y habitada toda ella por mugeres encantadoras.

Cuando se anunció á Rio-Santo agitó una muda emocion la noble fila de señoras que guarnecia los salones de la condesa de Derby. La fila delantera experimentó una deliciosa curiosidad, la segunda (la tapicería) alargó sus cincuenta caras de viudez por encima de los frescos rostros de la primera, del mismo modo poco mas ó menos que hace la segunda línea en los fuegos por pelotones, apoyando el fusil sobre el hombro del soldado de la primera. Rio-Santo entró. Desde luego pareció buen mozo;

pero se notó en algunas cierto disgusto, porque su conjunto no era del todo novelesco. Por de contado, se extrañó que este marqués, intachable seguramente, hubiese podido arrebatarse por espacio de tres años á nuestro compatriota lord S<sup>\*\*\*</sup> el cetro, ó mejor dicho, la fusta de la moda parisiense. Se hubiera deseado que llevase una corbata mas inefable, que su paso fuera mas poético, su mirada mas imposible de definir. En suma la primera impresion no correspondió del todo á la esperanza general. —Pero Rio-Santo empezó á hablar y sus mágicos acentos produjeron un efecto tanto mayor y repentino, cuanto que se habia suscitado contra sus seducciones anunciadas una especie de reaccion anterior. Las jóvenes ladys dejaron seguir su corazon por la corriente de su palabra eléctrica, y la tapicería echó de menos el tiempo feliz en que podia ser electrizada.

Hay en el mundo una preocupacion estúpida entre todas la preocupaciones. Imaginarse que para ser rey de la moda basta ser rico, buen mozo, tieso, de carácter frívolo y con el talento suficiente para de-

cir frases bonitas aunque insustanciales. Pero se engañan de medio á medio los que así piensan. La dignidad real de la moda es electiva; ese trono no se ocupa sino por derecho de conquista. Si se ha visto alguna vez sentarse en él á monarcas desidiosos, cuéntanse por otra parte, en la lista cronológica de los príncipes de la moda, nombres que la historia pronuncia con respeto. El primer leon conocido, Alcibiades, no era ningun personage ordinario. Posteriormente (y no citamos mas que algunos dandys romanos, de mucho mérito), encontramos á Clodio, encontramos á César. Mas adelante todavía encontramos á Francisco de Francia, el rey caballero, Essex, W. Releigh, Walpole, lord Byron; y viniendo á nuestros dias ¿el hombre de Lóndres, el conde de Orsay, no pasa entre las gentes de gusto por una de las cabezas mas vigorosamente organizadas de nuestro siglo?

Reconocióse muy pronto que Rio-Santo tenia un espíritu privilegiado. Sabia charlar (causer), lo que no es raro, pero sabia tambien hablar razonadamente (par-

ler). Su inteligencia fuerte y flexible lo abrazaba todo. Era hombre grave y hombre brillante. Su elocuencia, queriéndolo él, podía ser inagotable, y sin embargo, poseía en grado superior ese arte que es el primero de todos: el arte del silencio.

Al propio tiempo, fascinó el fausto real que desplegaba, no como agiotista enriquecido, sino como verdadero gran señor.

De suerte, que al cabo de algunas semanas, Rio-Santo fue en Lóndres lo que había sido en París, el hombre por excelencia, el rey, el dios de la moda.

Hacia la época de su llegada á Inglaterra, se habían introducido en el gran mundo algunos nuevos personajes, todos caballeros de rango y nombres distinguidos que se daban el magnífico trato correspondiente á su clase. Citaremos entre estos recién llegados al mayor Broughan, sir Paulus Waterfield, el doctor Muller, y el caballero Angelo Bembo. Estos señores conocían todos, unos mas, otros menos, al marqués, á quien habían visto en París ó en otras partes, pero ninguno de ellos estaba al parecer admitido en su intimidad.

La primera querida de Rio-Santo en Londres fue, segun dicen, la condesa de Derby. Hasta entonces lady Ophelia habia tenido la reputacion mas envidiable para una viuda jóven. Era, en concepto de todos, una muger de esquisito gusto, de talento delicado, pero su corazon estaba seco; en una palabra, era una coqueta de las mas peligrosas y de las menos atacables. Era además (pues la coquetería nada desecha cuando se la sabe emplear), una muger de principios rígidos, pensamientos elevados y benéficos, devota cuanto conviene serlo, y llevando con decoro el nombre de su difunto esposo, uno de los caballeros mas nobles y lucidos de la antigua aristocrácia inglesa. Lady Ophelia habia pasado invulnerable al través de las infinitas calumnias y murmuraciones del mundo; ni la mas mínima mancha habia empañado el limpio cristal de su reputacion. Los hombres la amaban y la temian, sus rivales la aborrecian y envidiaban. Al presentarse Rio-Santo, la existencia de la condesa quedó envuelta de repente en un desusado misterio que las lenguas morda-

ces no tardaron en pintar como sospechoso; Ophelia hubiera podido defenderse, es decir, pudo haber descorrido el velo esponiendo á las miradas de la multitud, como antes, sus acciones de cada hora del dia. Pero era cierto que amaba á Rio-Santo; le amaba con el amor que inspiraba infaliblemente aquel terrible don Juan; amor fogoso, jóven, aturdido, sin prudencia.

Rio-Santo, por su parte, amaba mucho y pasageramente. Su pasion era una llamada demasiado grande y ardiente para ser duradera. Puso á los pies de lady Ophelia su corazon que era sincero, su carácter humillado por un momento, todo su ser, y aun mas que esto, porque la prometió el porvenir. Pero Rio-Santo que no mentia jamás, se engañaba, sin embargo, muy frecuentemente. Se entregaba al amor sin reserva, como los niños que prodigan sus juguetes á sus compañeros de juego, para arrebatarlos en seguida, y luego volvia á recoger tambien todo lo que habia entregado, sin sentir mas remordimientos que esos niños de que acabamos de hablar; porque el marqués obraba siempre de buena

fe.—Era, como dirian ciertos poetas, una naturaleza privilegiada.

**Pero, Dios os guarde! misess y miladys, de la vista de Rio-Santo!**



## IV.

*Con la meditacion uace el amor.*

**T**ODA la elegancia de Lóndres se ocupó durante una semana entera de la boda de Rio-Santo con lady Ophelia Barnwood, condesa de Derby; segun el parecer de todos era muy buena pareja. Sin embargo no se verificó este enlace. Rio-Santo declaró explícitamente que habia sido desdenado. Algunos dieron crédito á esta declaracion, otros pensaron que el marqués habia logrado demasiado buen éxito.

Rio-Santo estaba á la sazón completamente aclimatado en nuestra capital. La superioridad fantástica que le diera la fama desde un principio, habia sufrido su prueba, y á toda luz se le conceptuó digno de su gloria. Los salones se le arrancaban unos á otros, y llegaban á disputarse su persona con encarnizamiento. Habia encantadoras esposas de banqueros millonarios que se hubieran comprometido gustosas por la fundada esperanza de causar celos á las orgullosas castellanas de Belgrave-Square. La rivalidad de uno y otro círculo tenia todos los síntomas de una pasión.

El marqués permanecía sereno y tranquilo entre tan furibundas enemistades. Frecuentaba el West-End, porque las costumbres de la nobleza halagaban dulcemente á las inclinaciones aristocráticas de su naturaleza, mas no por eso desdeñaba la Cité. En suma era ecléctico; el eclectisismo no es malo sino en la pedante y necia filosofía de nuestros colegios; esta frase poco lisongera, pero necesaria, encierra una idea que está en el fondo del corazón de todo el que quiere y sabe vi-

vir. Entendida como se debe, no escluye nada, ni aun esa lealtad rígida y caballescaca que muere por el color de una bandera ó el esmalte de un escudo, porque nosotros no pretendemos hablar de otra cosa que del eclecticismo sensual que toma sus goces donde quiera que los halla. Solo esto es una realidad. Fuera de este círculo, y desde el momento que no se aplica al placer, decimos nosotros, ¡nada de eclecticismo! En las artes, es torpeza ó palidez: en política, mentira ó teoría que es lo mismo; en religion, error é impiedad: en filosofía, flaqueza y caos.

Rio-Santo no era ni miembro del parlamento, ni artista, ni profesor; era quizá peor que todo esto, pero al menos se apartaba de las tres indispensables carreras. Para decirlo de una vez, no era nada de todo lo que se acostumbra á ser en nuestra sociedad, llena de rótulos como una botica. Esto le daba indudablemente el derecho de hacer lo que la abeja, escoger sin escluir.

Tenia por oficio ostensible ser marqués millonario y lucir la distincion de sus modales. No conocemos oficio mas envidiable.

Imposible de describir es el prodigioso gasto de talento y diplomacia que hicieron los dos campos políticos cada uno por su parte para atraerle hacia sí. Hubo jóvenes ladys que se sacrificaron gustosas, como verdaderas romanas; hubo ladys de cierta edad que combinaron planes milagrosos. Una whig literata llegó hasta proponerle, con palabras embozadas, que le celebraria por medio de un romance de catorce partes, de seis volúmenes en octavo cada uno. Rio-Santo apreció el sacrificio de las ladys jóvenes, quedó ignorante de los planes de las mamás, y regaló una pipa de Turquía á la whig literata, suplicándola que celebrase á todo el mundo menos á él.

A pesar de todo, hacia la vida mas rigurosamente elegante que se puede imaginar. El solo daba despóticamente el tono para todas las cosas. Se citaban sus palabras con veneracion verdadera. Cuando casualmente no decia nada, algunas buenas almas suponian que lo habia dicho. Partiendo de su centro se tenia siempre seguridad de interesar á las mugeres, y algunos seductores

veteranos inventaban por su cuenta maravillosas historias, que iban á ensayar á manera de llaves falsas á la puerta de todos los retretes.

Lo envolvieron en tan exorbitante número de anécdotas, que la cuenta carecía de toda verosimilitud. Pero se debe creer que era discreto, porque cada aventura que se refería, conservaba ese velo de incertidumbre indispensable para el éxito de una anécdota, y nunca se pudo citar prueba alguna convincente en apoyo de las chistosas murmuraciones en que figuraba como héroe.

**Regla general:** el leon que hiere á título de verdugo de los corazones, no es leon de raza legítima; es inevitablemente algun cuadrúpedo vulgar, revestido con la piel del rey de los animales. Pero el marqués de Rio-Santo era un leon verdadero, el leon mas leon que hubo nunca. Amaba cómodamente y detrás de cortinas, guardándose bien de publicar cosas que pierden su encanto siendo divulgadas. Obrar de otro modo, es obrar como un fátuo. Rio-Santo sin duda no se imponia este axioma, le to-

maba, sin saberlo, por regla de su conducta, y porque todo lo que era bueno brotaba en aquel corazon heróico. Tambien en él se abrigaba el mal, pero solo aquel mal de esencia orgullosa, de donde proceden el crimen y los vicios osados. Respecto de las inclinaciones de baja ralea, de lo que puramente es vergonzoso ó tiene mezcla de infamia y ridículo; Rio-Santo era intachable.

Despues de la condesa de Derby amó sin duda á otras mugeres, y seria larga la tarea si hubiésemos de hacer con rigor el inventario de sus conquistas.

Un dia vió á miss Mary Trevor, y juzgó que esta niña pálida, de facciones delicadas y belleza casi vaporosa, era bien insignificante. Tal vez no se detuvo siquiera á pensar tanto. Mary, por su parte, se sintió desazonada en presencia de aquel hombre, cuya fama original repugnaba á sus instintos de tímida debilidad. Volvieron á encontrarse reunidos por segunda vez: miss Mary cantó, y su voz dulce, pero sin estension, hirió ligeramente el tímpano de Rio-Santo como un vago ruido. El habló á su vez, y su acento vibrante y grave afec-

tó dolorosamente el oído de miss Trevor. ¿Por qué razon? Mary no hubiera sabido explicarlo.

En fin, la tercera vez que se vieron fue en un concierto que se daba en los salones de lady Ophelia: Rio-Santo aquella noche estaba pálido, taciturno y volvió los ojos vagamente distraídos al rededor suyo, sin fijarse en ningun objeto. Miss Trevor, sentada junto á miss Diana Stewart, su mejor amiga, en una sala de juego que no habia invadido aun la turba de jugadores, conversaba por lo bajo. Diana era prima y compañera de infancia de Frank Perceval, á quien un viage tenia lejos de miss Trevor, su prometida. Las dos jóvenes, como se supone, hablaban de él. Rio-Santo de pie apoyado en una columna de medio relieve, cuya sombra le ocultaba á medias estaba á distancia de oír, pero no oia. Mary le tenia vuelta la espalda y no podia verle. Insensiblemente las dos jóvenes que al principio habian hablado muy bajo, cesaron de contener su voz, muy ajenas de que ninguno las escuchase. Su conversacion llegó como un lejano murmullo á los

oidos de Rio-Santo, más no paró la atención y siguió en sus reflexiones, aprovechándose con avidéz de aquel momento de tregua que le dejaba la atención curiosa de la multitud.

Porque Rio-Santo también vivía de ilusiones. No contento con los infinitos goces que le prodigaba la realidad, evocaba con frecuencia hácia sí las potencias misteriosas y ocultas de su organización eminentemente poética, y mecido por las ilusiones que forjaba, se dejaba deslizar sobre la agradable pendiente de algún bello ensueño. Tenía días destinados para sumergirse en estas meditaciones y entre todos los placeres que libaba incesantemente su labio sensual, aquel era quizás el más apetecido, el anhelado con más ardor. Sentía una delicia inesplicable cuando se aproximaba la hora de su voluptuoso éxtasis; luego se entregaba á él sin reserva y de todo corazón, hallando en el fondo un arrobamiento sereno é indefinible á la vez, que no saben escitar las cosas reales.

Verdad es que Rio-Santo no escogía ordinariamente el tumulto de una fiesta para

adormecerse en sus ilusiones; pero el concierto y su enagenamiento no eran incompatibles tampoco. La melodía de la orquesta le llevaba como con la mano á ciertas galerías del palacio encantado de su imaginación que no exploraba en medio del silencio. Estos ensueños eran ciertamente recuerdos; mas recuerdos que la música hacia renacer deliciosos é enefables, y entre ellos pasaban como sombras mágicas las vagas sensaciones del dulce amor que por primera vez hizo latir su corazón, echando un aliento abrasador sobre la indiferencia de sus tiernos años.

En el momento de que hablamos, Rio-Santo reflexionaba; y sus reflexiones eran de amor. Veía en el lejano panorama que el éxtasis presenta á los ojos del alma, como una decoracion teatral, una blanca niña que levantaba hácia él su mirada de ángel, confiada, tierna y tímida.

La orquesta acompañaba un canto sacado de uno de esos motivos sencillos y patéticos que encuentran los inspirados bardos en las erizadas montañas de la verde Irlanda. Se hubiera dicho que aquella mú-

sica tenía una relación directa y real con la joven hermosa, objeto de su meditación, y ciertamente no era imposible, puesto que se trataba de un recuerdo. El semblante de Rio-Santo expresaba un indefinible encanto mezclado de melancolía.

Cuando la orquesta cubrió con su postrer nota las últimas vibraciones de la voz del cantante, filtró una lágrima por las hermosas pestañas negras del marqués, que tenía los ojos medio cerrados.

— ¡María! exclamó; ¡mi dulce María!

— ¡Desgraciada Mary! dijo en el mismo instante miss Diana Stewart, con quien estaba conversando miss Trevor. Después añadió con una risita contenida:

— ¿Con que le amas mucho?

Al nombre de Mary, Rio-Santo había abierto los ojos, y su mirada cayó de lleno sobre el gracioso perfil de miss Trevor. Los hombres, y especialmente aquellos cuya imaginación, no conociendo regla ni freno, está acostumbrada á vagar á merced del capricho sin que se la ponga coto, pueden ver el mismo objeto bajo fases diversas y aun enteramente opuestas. La im-

presion del momento cambia, por decirlo así, el prisma al través del cual están mirando y se efectúa una especie de refraccion misteriosa que puede embellecer la fealdad y afean la hermosura. Rio-Santo habia visto ya á miss Mary, y sin embargo creyó verla entonces por la vez primera. Acaso la delicada y graciosa sonrisa de miss Trevor ocupó un lugar en la distraccion que le dominaba en este momento; quizás alguna semejanza lejana vino en ayuda de aquel nombre de Mary para llevar á su colmo la ilusion del marqués. Por esta causa ó por otra sintió su corazon latir y lanzarse hácia aquella hechicera jóven que tan á punto prestaba un cuerpo á su fantasia del momento. La miró, fijó en ella los ojos como en una víctima próxima á sucumbir, y lisongeado por el suceso no se ocupó siquiera de los medios de triunfar.

Miss Trevor habia vacilado un momento antes de contestar á la pregunta de Diana.

—Estoy triste desde que se marchó, y espero con impaciencia que vuelva, dijo por fin.

Rio-Santo saboreaba lentamente la armonía de aquella voz que habia desdeñado la vispera. Admiró su dulzura y le dejó encantado la suavidad de su timbre, porque hizo vibrar en el fondo de su corazon una cuerda que reposaba hacia algunos años. El marqués hizo un movimiento, al cual se volvió miss Trevor, y al verle, su pálida megilla se cubrió de carmin, porque adivinó que habia sido oida su respuesta. Luego, sobrecogida de nuevo por aquel instinto de terror que ya otra vez la infundiera la vista de Rio-Santo, se puso á temblar de pies á cabeza y apretó el brazo de Diana.

— Ven, la dijo, arrastrando á su amiga sorprendida hácia los salones en que tenia lugar el concierto.

— ¿Habia alguna víbora detrás de tu silla? preguntó alegremente miss Stewart.

— ¡Habia un hombre! contestó Mary.

Diana se volvió á su vez con viveza y advirtió la mirada ardiente de Rio-Santo, que seguia los pasos de su amiga. Entonces se puso seria.

¡Como te mira! dijo con candorosa en-

vidia. Desde sus ojos á ti parece que parte un rayo de fuego....

Mary tembló mas aun.

Rio-Santo dejó su columna y vino á sentarse en el sillón ocupado antes por miss Trevor. Se estuvo allí mucho tiempo y no volvió á la sala del concierto hasta que la turba de jugadores asaltó aquella pieza.

¡Pobre María! murmuró al levantarse, desde entonces no he vuelto á amar de aquel modo....

Algunos dias despues Rio-Santo fue presentado á lady Campbell y á lord Trevor. Lady Campbell estaba formada precisamente para apreciar todas las cualidades del bello marqués; se lisongeo de la iniciativa que habia tomado en su casa y adivinó que su importancia en el mundo se iba á aumentar considerablemente. Trevor-Housse, en efecto se hizo al instante de moda. Todo el mundo quiso ser presentado allí, y los jóvenes elegantes que hemos visto llegar á Lóndres casi al mismo tiempo que Rio-Santo, fueron los primeros á solicitar aquel honor. Ciertamente el

mayor Boroughan, el doctor Muller, sir Paulus Warterfield y el lindo caballero Angelo Bembo, eran personajes que no hallaban puerta alguna cerrada.

Apenas introducidos en casa de lord Trevor, rodearon á lady Campbell, y la hicieron una corte asídua. Estos cuatro caballeros no dejaban de tener esas relaciones superficiales y de circunstancias que se traban tan fácilmente en el mundo, pero no habia entre ellos ninguna intimidad visible. Sin embargo se hubiera dicho que estaban de acuerdo para trabajar cerca de lady Campbell en provecho de Rio-Santo. Quizá seria casualidad....

Por lo demás Rio-Santo no necesitaba de ayuda. Cuanto mas talento poseyese una muger, menos probabilidad tenia de escapar á las seducciones de su genio: ahora bien, nos parece haber dicho ya que lady Campbell no cedia á nadie en talento fino y delicado. Así es que bien pronto quedó subyugada. Al cabo de algunos dias miró á Rio-Santo como un amigo de familia, y pasado un mes solo veia por sus ojos. Como lady Campbell era en realidad

la cabeza de la casa de su hermano, todos en ella tuvieron que sufrir, mas ó menos, la influencia del marqués: hasta la misma miss Trevor.

Debemos advertir, sin embargo, que Rio-Santo no influyó directamente sobre miss Mary Trevor. Fue lady Campbell quien, sin sospecharlo siquiera, se tomó el trabajo de solicitar el dócil corazón de su linda sobrina. En efecto, esta muger amable, alucinada con las perfecciones del marqués, no podia callar. Su ardiente amistad, su admiracion se traslucian en todos sus actos. Presentaba á Rio-Santo á su sobrina como un objeto de estudio, un motivo de análisis, un modelo completo, cuyo conocimiento completaria su ciencia del mundo.—El es bueno, decia, bueno aunque superior, lo que hace de la bondad una cosa sublime; hace el bien, á pesar de ser tan poderoso para el mal! Cada mes pone sumas enormes en manos de algun agente discreto, y centenares de desgraciados tienen pan, merced á su beneficencia. Que es inconstante y ligero en amor: ¿pero quién dice esto? ¿Sus riva-

les? mentira. ¿Las mugeres? rencor. Y además ¿para qué le abruman con tantos obsequios? ¿Debia él, si se juzga desapasionadamente, tomar por lo serio todos esos favores que descaradamente se le prodigan?...

Lady Campbell añadía mil reflexiones por el mismo estilo. Así es que miss Trevor tuvo rubor y pesar de la zozobra que habia experimentado. Empezó á mirar á Rio-Santo con una especie de admiracion, á la cual se mezclaba todavía un recelo indefinible, pero que no era ya temor.

Sabia que Rio-Santo la amaba. Cuando una muger sabe esto, y de la antipatía pasa sin embargo á un sentimiento mejor que la indiferencia, puédesse apostar, segun la opinion general de los observadores, que al fin amará. Es solo cuestion de tiempo. Ya veremos si respecto de miss Mary Trevor hubieran doblado su apuesta nuestros observadores.

En cierta ocasion comenzó á circular en Lóndres un rumor estravagante y desnudo de toda verosimilitud. Este rumor produjo grande alboroto en el club de los

jokeys, y pasmó á todo el que tenia pretensiones de caballero, de un extremo á otro de la ciudad. Las mugeres hablaron de ello con sus cortejos, los maridos con las amigas íntimas de sus mugeres, la gente dada á la crítica lo murmuró entre dientes.

Se dijo que Rio-Santo queria casarse; casarse como el último de los mortales, acabar su vida novelesca, romper su cetro, arrancar sus espuelas, mudar su poesía en prosa, colocar sobre su corona un gorro de algodón.

¡Esto era un cuento mal hilado, ridículo, imposible!—Pero era verdad.

Cuando se divulgó esta voz, Rio-Santo habia pedido ya la mano de miss Mary Trevor.

Contra lo que esperaba, encontró muchos obstáculos, el menor de los cuales no era despreciable. Desde luego lady Campbell, que era la lealtad misma, rehusó, á pesar de su buen deseo, prestar su cooperacion al marqués. El amor mútuo de Frank Perceval y de su sobrina era obra suya y habia preparado esta union á

fuerza de trabajo. Abandonar los intereses de Frank, ausente, hubiera sido traicion manifiesta, y lady Campbell era incapáz de semejante cosa. En segundo lugar lord James Trevor, caballero antiguo, habia dado su palabra bajo la fe de tal á Frank Perceval, y en tercer lugar y finalmente, miss Trevor amaba á ese mismo Frank Perceval.

De manera que el marqués sufrió una repulsa triplemente motivada.

Esta no le causó grande emocion en su interior, porque el hábito de triunfar no le permitia desesperarse, mas hizo aparecer en su semblante una profunda tristeza, besó la mano de lady Campbell con desaliento, y se retiró precipitadamente, como quien teme mostrarse débil contra la desgracia.

Al llegar á su casa, arregló en su cabeza el canastillo de boda mas rico y precioso que ha podido nunca figurarse la imaginacion de una coqueta.

Lady Campbell estaba desesperada. Se arrepentia amargamente de haber dado su palabra á Frank, que á la verdad era un

hombre muy distinguido, pero que nada valia comparado con Rio-Santo. Mas los lamentos son inútiles en último resultado, y lady Campbell no acostumbraba perder el tiempo. Aguzó su ingenio inútilmente, buscó medios y ninguno halló. Afortunadamente las mugeres de talento sutil tienen siempre á su disposicion un recurso supremo, el de engañarse á sí mismas.

Lady Campbell que lo sentia tanto, debió creer naturalmente que Mary estaria inconsolable. Esto en rigor no era exacto, pero tampoco imposible. Una vez admitido el pesar de miss Trevor, podia ser interpretado de muchas maneras; la eleccion era permitida: lady Campbell escogió. Quiso persuadirse que su sobrina amaba, que amaba á Rio-Santo y que la negativa sufrida por este causaba toda la pena de la jóven.

Lady se dijo esto muchas veces sin creerlo: pero al fin lo consiguió. Creyéndolo ella, tenia indudablemente derecho de hacer participar de su opinion á otro; ¿pero á quién comunicar sus impresiones sino á su sobrina querida, á su hija adoptiva?

Al pronto, Mary quedó confusa. ¡Pero lady Campbell la amaba de tan buena fe, y tenía tanta elocuencia! Mary, débil y acostumbrada á no examinar detenidamente el fondo de su corazón, admitió por suyas sin exámen todas las ideas de su tía, y se dejó persuadir.

Este hecho podrá parecer extraño, pero sucede todos los días.

Desde entonces lady Campbell quedó desahogada y recobró toda su serenidad. Se debe convenir en que la situación había cambiado mucho.—No se trataba ya de ella, sino de su sobrina. En el primer caso hubiera sido culpable en escuchar sus propias impresiones hasta el punto de faltar á la palabra dada; ¡pero deseándolo su sobrina!.... En conciencia no se puede sacrificar la felicidad de una jóven por guardar lealtad exagerada, como sucedía en la ocasión presente. Lejos de seguir dudando, creyó empeñado su honor en este punto; lo que le había parecido antes una debilidad, lo tuvo por un estricto deber; reconoció que en circunstancias semejantes no hay que quedarse en la mitad del camino, y

por consiguiente tenia obligacion de sostener por todos los medios á Rio-Santo.

Es gracioso , sin embargo , que lady Campbell juzgase que debia reprender de paso á su sobrina por su inconstancia. Pero despues de dar esta satisfaccion á la moral, prometió á miss Mary proteger sus nuevos amores, y entonó sin pensar en ello un cántico en alabanza de Rio-Santo.

Miss Trevor, á decir verdad, vivia entonces en una especie de aturdimiento perpétuo, llena de angustia y fastidio. Rio-Santo habia hecho en ella una impresion estraña que no sabia definir y que debia ser amor, puesto que así lo llamaba lady Campbell.

A pesar de todo, la imágen de Frank Perceval quedaba en el fondo del corazon, de la pobre Mary que no sabia ni deseaba saber. Oprimida por la infabilidad de lady Campbell, que no era para ella cosa controvertible; aconsejada además por la indolente debilidad de su carácter, se dormia en esta duda estraña y casi fantástica. Sufría en silencio sin buscar remedio; y se esforzaba alguna que otra vez, no para re-

sistir, sino para ahogar los remordimientos de su corazón, trocando por el reposo de la apatía su perdida tranquilidad.

Faltaba todavía vencer la oposición que lord Trevor, fiel como el acero, y que se acordaba de la palabra que diera, no dejaría de oponerse á este nuevo arreglo. Directamente y de frente no había que pensar en ello; pero (sea dicho entre el lector y nosotros) esto era lo de menos. Cuando se ha podido conseguir engañarse á sí misma y burlar la conciencia de una jóven, conservando la paz del corazón, se puede esperar con fiadamente en hacer perder la cabeza á un antiguo caballero que estaba mas avezado á pisar los campos de batalla, que las discretas alfombras de las oficinas diplomáticas.

Rio-Santo fue admitido á declarar sus sentimientos á miss Mary Trevor, y esta, durante toda la noche siguiente, soñó con Frank Perceval.

Es preciso confesar que este noble jóven había escogido mal la ocasión para viajar. Así se obra generalmente á su edad, cuando los padres, á fin de hacer alarde de

su prudencia, aplazan una union deseada bajo pretesto de que no es tiempo todavía.

¡Pobre prudencia! ¡miserable pretesto! Hay un momento para ser dichoso, y cuando se le deja pasar, diciendo: «no es tiempo» ó cualquiera otra simpleza, el diablo se rie y hace una raya. Frank Perceval admitido por toda la familia Trevor, era el esposo casi legítimo de Mary, pero esta era tan jóven!—Dentro de un año, le decian.... y Frank se preguntaba cómo era posible esperar trescientos sesenta y cinco dias sin morir setecientas treinta veces. Por fin uno de sus amigos (porque cuando un hombre se ha de romper la cabeza es siempre un amigo quien le ayuda) le aconsejó que tomase la posta y se fuese á ver la Suiza. Frank lo hizo así. Se entretuvo allí un año ni mas ni menos, al cabo del cual pidió caballos de postas en Ginebra para llegar á Lóndres exactamente al año de su partida.

No se puede ser mas puntual, y la suerte le debia uno de esos buenos presentes que reserva á veces á los amantes viageros: por egemplo, encontrarse al llegar á casa

una carta de su amada, reconocer sus facciones encantadoras en la primera cara que se mira, etc. etc. — Frank esperaba alguna cosa de esta especie, porque al volver á subir por el Tamesis, no obstante de que la niebla era espesa cuando pasó por encima de Tunnel, preguntaba con los ojos por todo lo largo del rio á los barcos que iban y venian de Greenwich. Solo vió rostros desconocidos, sombreros de cuero, chaquetones de marineros, y tambien sobre las cubiertas de los Steamers, muchas damas viejas, acompañadas de sus respectivos perritos falderos. En cambio, al momento de llegar á su casa, el ama de gobierno puso en sus manos una carta fechada ocho dias antes convidándole para una *soirée* en casa de lord James Trevor.

Solo tuvo tiempo para hacer su tocador, porque justamente aquella noche era la reunion de Trevor-House.

▼.

### El baile.

**TREVOR-HOUSE**, edificio feudal situado en **Norfolk-Street**, y uno de los pocos palacios particulares de **Lóndres** que el cartabon del ingeniero civil ha nivelado con acierto, ostenta entre verjas y jardines la atrevida arquitectura de su cuerpo central, flanqueado de dos alas ó galerías salientes. La fachada principal da frente á bosques magníficos, mas allá de los cuales

se extiende un gran prado de césped rodeado de unos espesos arbustos que sirven para ocultar el muro que separa este jardin de Park-Lane; la posesion de lord Trevor, aunque bastante grande, ha recibido mas estension por su bien entendido repartimiento. En suma, aquello era una morada espléndida que hacia recordar con sentimiento la magnificencia de los tiempos pasados, y mirar con compasion las mezquinas construcciones que componen el Lóndres moderno.

La noche de que hablamos, las grandes ventanas de la fachada estaban iluminadas con ostentacion, y los pobres centinelas encargados de guardar la estátua colosal de Aquiles, elevada en honor del duque Wellington, podian ver al través de las ramas peladas de los árboles las luces innumerables de las arañas, amortiguadas por el vivo trasparente de las colgaduras. Estos centinelas, sin duda no tenian otra distraccion que el frio de sus pies, el cual los obligaba á no estarse quietos, porque el hombre se halla organizado y se ha constituido en sociedad de una manera

tan generosa, que la opulencia del uno dobla la miseria de ciento; aquellos, pues, desgastaban las suelas de los zapatos, pateando sobre la glorieta de Hid-Park, y se pasaban la lengua por el bigote, reflexionando que si Dios es justo, los lores montarán la guardia algun dia, en tanto que el soldado inglés beberá ponche y helados en vasos de cristal, y comerá los puddings que se sirven en las sociedades.

Ya habia dado la hora de empezar el baile; los salones se iban llenando poco á poco, y la orquesta, que preludiaba algunas notas indecisas, estaba dirigida por el famoso Angelini, ese rey de orquesta á quien el francés Jullien no habia destronado todavía para que manejase, en vez del cetro filarmónico, el toscó garrote de su magestad popular: el baile sin embargo no daba principio, pero la línea de sillones colocados al rededor de las salas principiaba á llenarse y el salon principal, en el cual se habia instalado lady Campbell, presentaba ya un golpe de vista sorprendente, imitando á un canastillo en que solo

falta un puñado de flores para que se llene del todo.

Entretanto se pasaba el rato conversando. Lady Campbell y miss Trevor, rodeadas de un numeroso grupo que se renovaba sin cesar, saludaban, recibían un cumplido, respondían, volvían á saludar y empezaban de nuevo. Tal es la agradable ocupacion de las amas de casa en una noche de baile, desde las diez hasta las doce. Nosotros preferiríamos estar de centinela por el mismo espacio de tiempo al pie de la estátua de Aquiles. Mas las señoras referidas no tienen esta eleccion.

—Permitidme, señora.... dijo el vizconde de Lantures-Luces acercando la mano de lady Campbell hasta media pulgada de sus labios, en ademan de besarla.— Señorita, dignaos permitirme.... llevais un abanico precioso ; hablo seriamente.

—Vizconde, dijo lady Campbell sonriendo, esta es la séptima vez que el abanico de mi sobrina os merece igual cumplimiento.

El grupo que rodeaba á aquellas damas no pudo menos de reirse á carcajadas,

porque la espresion tenia visos de agudeza. El vizconde de Lantures-Luces se rió mas y por mayor rato que los otros.

— ¡Adorable! ¡lindisimo! dijo entre dientes, ¡siete veces precioso! ¡siete veces!...

Pero esta vez no quiso reirse el grupo, cosa que sorprendió mucho al vizconde de Lantures-Luces, que tartamudeó algo cortado:

— ¡Hablo con formalidad!

Lady Campbell se inclinó tres ó cuatro veces á derecha é izquierda para poder lucir su formulario de salutations: dió la mano á lady Ophelia Barnwood, condesa de Derby, que entraba, y Mary abrazó á Diana Steward, cuya madre acababa de hacerse anunciar.

— Sir Paulus, dijo lady Campbell á uno de los recién llegados, ¿nos traeis alguna noticia?

— Corren voces, contestó sir Paulus Waterfield, de que el marqués de Rio-Santo renueva todos los trenes y muebles de su casa.

— ¿Hablais de veras? preguntó el viz-

conde; no han pasado tres meses desde que hizo igual operacion.

—El marqués tiene sus razones para ello.

—¡Ese pícaro Rio-Santo no me ha dicho nada! murmuró el vizconde de Lantures-Luces, cuya manía era pasar por el Píladés del marqués.

—¿Y qué razones son esas?.... preguntó lady Campbell.

—Su matrimonio: respondió el mayor Boroughan. Esta es la gran noticia del día.

Mary perdió la sonrisa que momentáneamente se habia fijado en sus labios: ardió su cabeza de repente y heláronsele las manos. —Lady Campbell la miró con disimulo.

—¡Cómo le ama! pensó.

Miss Trevor se estaba acordando de Frank Perceval, á quien ya no amaba, puesto que así lo habian decidido, pero que ocupaba su pensamiento desde la mañana á la noche, juntamente con Rio-Santo; porque Mary habia llegado á consagrar al marqués la mitad de su pensamiento,

si no la mitad de su corazón. Rio-Santo habia hecho en ella una impresion difícil de explicar, que no era amor, pero que tenia sus síntomas con frecuencia.

Por manera que con la ayuda de los consejos de lady Campbell, Mary, que no conocia bien, ó no sabia definir en suma el sentimiento que le inspiraba el marqués, podia sospechar, y aun creer y tomar por amor su continua preocupacion. Pero, como se debe suponer, esta creencia facticia no se apoderaba mas que de la razon de la jóven, sin hallar abrigo en su corazón, quien neutral en estos místicos debates, conservaba oculta y sepultada su primitiva ternura. La palabra de lady Campbell era un espeso velo colocado entre el corazón y la inteligencia de su sobrina: y el corazón viéndose ciego se habia aletargado en apático sueño. Mary no tenia ya vida sino en la cabeza, y en este sentido pertenecia á su tia, ó lo que es lo mismo, á Rio-Santo.

Y la cabeza, prevenida así, permanecia hostil al corazón, que aunque silencioso estaba ocupado por un recuerdo. Mary,

acosada por la perplegidad que la consumia, se irritaba contra su memoria demasiado fiel, y desechaba la imágen de Frank como una persecucion importuna, las veces que no la acogia con caricias y trasportes. De este modo se perdía su alma, indecisa en una especie de laberinto en que solo su libre albedrío hubiera podido hacer las veces del hilo de Ariadna; pero lady Campbell estaba allí, corriendo sin cesar el velo, é influyendo sobre el débil carácter de Mary con todo el peso de su tiránica superioridad.

Las mugeres de talento son así: mas bien que dejar de gobernar á los otros, renunciarian á gobernarse á sí mismas.

Lady Campbell, pues, como ya dijimos, tuvo un franco movimiento de alegría al ver la turbacion de Mary, que revelaba toda la vivacidad de su amor. Al menos; así lo pensaba aquella. Se engañaba sin embargo: la turbacion de Mary no revelaba nada, sino una crisis de su confusion y continuo padecer. Habia comprendido á dónde iba á parar ese rumor que corria respecto del marqués, habia

comprendido que se aproximaba la hora en que seria necesario obrar y decidirse, y su carácter vacilante habia desfallecido al primer choque, sufriendo cien veces mas que las otras mugeres, esa zozobra que experimenta cualquiera jóven en el momento de aceptar definitivamente al hombre que debe ser su esposo.

Lady Campbell la compadeció, y no quiso preguntar el nombre de la prometida de Rio-Santo.

— ¡Qué mudado está el marqués! añadió con intencion el lindo caballero Angelo Bembo.

— Está desconocido, repuso el mayor Boroughan.

Sir Paulus Waterfield dijo alguna cosa análoga, y el doctor Muller dejó oír uno de esos acentos guturales con que manifiestan su aprobacion los hijos de Alemania.

— ¿Y qué os parece de nuestro querido marqués? preguntó el vizconde de Lantures-Luces.

— Que está enamorado: respondieron á una voz los cuatro caballeros de que acabamos de hacer mencion.

— ¡Por tres dias! añadió el vizconde metiendo su clac debajo del brazo izquierdo.

— ¡Por toda la vida! repuso el caballero Angelo Bembo, con una gravedad llena de convicción.

Miss Mary Trevor sintió un movimiento de orgullo, y al mismo tiempo un congojoso temblor: el orgullo era natural en una hija de Eva, y acaso no habria en todo Lóndres una sola muger que no lo tuviese viendo á Rio-Santo ponerse á sus pies; la congoja era una vaga protesta del corazon, una especie de despertador, un grito abogado de la conciencia.

El vizconde de Lantures-Luces soltó una carcajada tan larga y ruidosa como podia permitirlo aquel sitio.

— ¡Eso es delicioso! ¡graciosísimo! hablo con formalidad.

En este momento se empezaba el baile. El caballero Angelo Bembo tomó la mano de miss Trevor para conducirla á la cuadrilla. Hubo entonces un movimiento general en los salones: los grupos de los que se habian levantado fueron mezclándose,

y lady Campbell, sin perder su corte de caballeros, se encontró rodeada de un círculo de esas damas que forman un término medio, una transición entre la porción activa y la pasiva de un baile; entre la tapicería y su brillante brocado; de esas damas, en fin, á quienes la ley mundana no prohíbe todavía rigurosamente el baile, pero que no se atreven á bailar de continuo.—Entre estas las hay encantadoras, y una de ellas es la que ha suministrado al novelista francés Balzac el tipo de su mujer de treinta años, la cual á la hora en que escribimos sigue creciendo en gracias y seducciones de todas clases, y va á cumplir los cuarenta y cinco.

La conversacion era en aquel momento frívola, mordaz y satírica. Lady Campbell la amenizaba con chistes oportunos y frases llenas de gracia; el vizconde de Lantures-Luces dejaba oír exclamaciones de alegría, y el doctor Muller acentos roncós y germanicismos innumerables.

—Verdaderamente, en ausencia del marqués, dijo lady Campbell con imperceptible burla, el señor Lantures-Luces

es la providencia de nuestras reuniones.

—¿Y por qué hemos de colocar al vizconde en segundo lugar? Preguntó una baronesa.

—Es cierto, añadió la esposa de un lord, el marqués debería creerse muy honrado con la comparacion.

—¡Ah! señoras!... señoras!... balbuceaba Lantures-Luces, por favor dadme cuartel! Soy muy amigo del amable marqués para pretender....

—Nada de modestia, vizconde!... Vos teneis siempre reservada alguna historia chistosa....

—Alguna anécdota picante....

—Alguna sátira de buen gusto....

—¡Ah! señoras, señoras!... Vds. me lisongean!... Hablo con formalidad!

El vizconde se hinchaba de vanidad y gozo: no sabia lo que le pasaba; se hallaba en el cielo.

Este personaje era un francesillo de la edad media, de estatura regular y cara ordinaria. Sus cabellos encrespados y llenos de pomada, se ensortijaban á fuerza de fuego sobre su estrecha frente, conforme

á la ridícula moda llamada á lo Luis Felipe. Su trage tenia algo de presuntuoso y exagerado, aunque en nada se parecia á los trages deslumbradores de los jóvenes dandys del comercio. Aquella hubiera sido en otros salones una toilette de gusto admirable, pero en Trevor-House solo podia ser de tono la suprema elegancia de la simplicidad bien entendida. Creeríamos agraviar al lector esplicándole que esta palabra *simplicidad* es mas rica, y encierra mas lujo aún que la palabra fausto. Para completar la reseña del vizeconde de Lantures-Luces, añadiremos tan solo que se escuchaba al hablar, y tartamudeaba con frecuencia; que se sonreia como hombre lleno de seguridad en sus acciones, y llevaba unos lentes de resorte que manejaba con cierto aire de petulancia.

Su nobleza era mediana, su fortuna regular, su talento hubiera sido bastante acaso para un hombre muy modesto, pero Lantures-Luces era demasiado vano. Rio-Santo, de quien no penetraba mas que la superficie, no le hacia caso, y él, á su vez, se volvia loco por querer imitar aquel mo-

delo inimitable. Dios habia puesto entre ellos la distancia que separa el héroe del soldado, y aun quizás la distancia de aquellos era mayor; mas Lantures-Luces no habia tratado de medir este abismo. Rio-Santo no era á sus ojos, haciéndole mucho favor, mas que el hombre elocuente, el decidor, el caballero elegante y bello por excelencia. Todo el poderío y grandeza de ánimo que se encerraba bajo esta amable apariencia, se escapaba completamente al lente de Mr. de Lantures-Luces.

El mundo que adivina todos los ridículos, y se apodera de cada estravagancia por una especie de intuición mágica, habia descubierto bien pronto la grotesca emulacion del pobre vizconde. Se le hacia mucha burla por esto, y el pobre no distinguia ni la menor alusion en aquellas solapadas sátiras, siempre encubiertas con suficiente dosis de cortesania. Lejos de alarmarse, se regocijaba y envanecía como la rana de la fábula, mas á pesar de todo no reventaba, porque se lo impedian las hebillas de su chaleco.

El giro que acababa de tomar la conver-

sacion era, pues, para él un verdadero triunfo. Se defendia débilmente contra la lisonja, y repasaba en su memoria una anécdota preparada de antemano para sostener su reputacion de chistoso.

—Vamos vizconde, repitió la condesa, la modestia os sienta muy bien: pero no se debe exagerar nada, ni aun las virtudes..... yo apuesto á que en este mismo momento os estais acordando de alguna relacion agradable.

—Silencio! escuchemos! repetian todos.

El vizconde se hizo rogar durante medio minuto. Al fin comenzó:

—No hubiera querido contar esto; lo digo con formalidad... porque el caso tiene relacion con nuestro amable Rio-Santo.

—Con el marqués! contadlo pronto, contadlo por favor!...

Estas palabras fueron pronunciadas por un coro de voces femeninas.

—Es una anécdota antigua, repuso el vizconde; pero no la he sabido hasta hoy por un amigo parisiense... Es bastante chusca; y casi se puede asegurar que lo es estremadamente.

— Pero contadla!

— Figuraos bellas damas, que durante la permanencia de Rio-Santo en París, la condesa L... y la condesa de P... estaban enamoradas del afortunado marqués.... hasta se podría asegurar que estaban locas por él... Cierta dia, el guarda del bosque de Boloña oyó dos tiros de pistola en la espesura. Se fue corriendo hácia el sitio... y vió... aciertén vds.

— Un asesino.

— No señor.

— Un tiro al blanco.

— Todavía menos.... Un duelo, señoras.... un duelo entre la condesa de P... y la condesa de L...

— Magnífico! repitió el coro riendo á carcajadas.

— Un desafío entre dos condesas! dijo sir Paulus Waterfield.— Vamos, si no hay mas que Rio-Santo para esto!

— Un duelo entre dos condesas! repitió el doctor Muller. *¡Llo no gonosco, á fe mia mas que este cherido Rio-Zanto digno de semegante aventura!*

— Oigan vds. lo mejor, la causa del

desafío. Figuraos, mis queridas señoras, que la condesa de P... y la condesa de L... habian hecho un pacto entre sí; luego que una de ellas hubiese conquistado al marqués, la otra debia ceder el puesto y abandonar todas sus pretensiones.

— Eso parece el mundo al revés, interrumpió lady Campbell. — ¿No se diria que eran dos valentones? Esas mugeres deshonran su sexo.

— ¡Y deshonran la nobleza! añadió la baronesa.

— No tal, señoras, no tal, la nobleza nada tiene que ver aquí.... Se trata únicamente de dos condesas del imperio.

— Eso es otra cosa.

— Como decia, continuó Lantures-Luces, estas dos damas habian celebrado un contrato. Al cabo de ocho dias pareció decidida la batalla: el carnage de madama de L.... habia permanecido por dos horas á la puerta de Rio-Santo y madama de P.... pasó un dia desesperada; al siguiente tomó informes y vino á averiguar que su rival habia imitado á los amables libertinos de la Regencia que comprometian á una muger

enviando á la puerta de su casa el carnage que usaban.... madama de L... habia comprometido á Rio-Santo.

— ¿Divino? entonó el coro.

— ¡*Majimico!* exclamó el doctor Muller.

Ya conocereis, señoritas, siguió Lantures-Luces, que la condesa de P... debió ponerse furiosa. La primera vez que encontró á su rival en los salones de la *Chaussée-d'Antin*, la dijo:— ¡Señora, sois una fátua!

— No le faltaba talento á esa condesa de P..., interrumpió lady Campbell.

— La condesa de L... le contestó dándole un abanicazo en la cara.

— ¡Basta! dijo madama de P..., nada de ruido.... ¿qué arma elegis? — La pistola.— ¿A qué hora?— A mediodía....— Hasta mañana, puerta Matillot, sin testigos, ¡combate á muerte! Se apretaron la mano y punto concluido.

— ¡Qué diablo de dragones son esas damas!

— El tal Rio-Santo, dijo sir Paulus, convierte en tigres las ovejas.

— ¡En dijres y en panterras! añadió el alemán.

A este punto se acababa de bailar la tanda, y el caballero Angelo Bembo condujo á su asiento á miss Mary Trevor. Apenas se habia sentado al lado de su tia, cuando la voz sonora del ugier, dominando de pronto sobre los mil rumores de la fiesta, hizo correr por los salones el nombre del honorable Frank Perceval.

Miss Trevor perdió al instante los sonrosados colores que el baile habia hecho asomar á sus mejillas; se quedó mas pálida que un busto de mármol, y llevó la mano á su corazon, que sentia desfallecer.

Lady Campbell se inclinó hácia ella y la dijo por lo bajo:

— ¡Valor, hija mia! El desgraciado Frank se cree con derechos; la entrevista va á ser penosa.... ¡pero eres tan jóven! Tu corazon se habia engañado.... ¿Y quién sabe si el mismo Frank no habrá mudado?

Esta última frase que queria ser un consuelo, hizo brotar una lágrima de los ojos de miss Trevor.

— ¡No seas débil! repitió lady Campbell: viendo llorar á una muger, el hombre cree siempre en un resto de ternura.... ¿Y tú no amas ya, no es cierto? añadió con solicitud verdadera. Mary no respondió.

— ¿Cómo podrias amarle aun? prosiguió lady Campbell. ¡Pobre Frank! Gran contratiempo ha sido para él la venida á Londres de nuestro irresistible marqués!...

La ingeniosa lady no dijo mas, y se puso á reflexionar que, á no ser por ella, su sobrina hubiera desoido el grito de su corazon, y combatiendo infructuosamente en el silencio su amor hácia el marqués, y casándose por timidez con Frank Perceval, hubiera sido infeliz y acaso culpable.

¡La imaginacion es una cosa sublime!

Lady Campbell no habia estado jamás tan completamente satisfecha de sí misma: en cuanto á miss Mary Trevor, nunca habia sufrido tanto.

Lord Trevor recibió á Frank con la mas franca cordialidad. El anciano fue en persona á presentarlo á su hija; pero aquí cambió la escena. Mary recibió á su anti-

guo prometido con una frialdad tanto mas grande, quanto mayor era la fuerza con que su corazon, repentinamente despertado, se lanzaba hácia él. El nombre solo de Frank habia desvanecido su estupor y desgarrado una punta del velo diabólico en que se hallaba envuelto su libre albedrío. Su presencia acabó aquel cambio metafísico. La catarata que obstruía la vista de Mary, cayó de repente; vió al fin, y quedó asustada de leer tan claro en el interior de sí misma.

Luego, por una reaccion necesaria y violenta, se reveló contra la mano despótica que la habia vendado los ojos. Pero aquella niña era débil y estaba ya sometida: el esclavo negro no levanta su frente mas que por la noche, y dentro de los bosques, donde no le sigue el ojo aterrador de su dueño. Lady Campbell estaba al lado de Mary.

Esta se inclinó de nuevo. Sus ojos apenas entrecabiertos volvieron á cerrarse. Hizo lo que el esclavo cuando apunta el dia y oye el látigo del capataz: reprimió su deseo de quejarse, y quedó otra vez pasiva.

He aquí cómo una muger excelente y llena de talento puede valer lo mismo que otra mala ó estúpida. He aquí como la sumision, llevada hasta el vasallage y privada de exámen, puede parecerse al idiotismo, como se parecen dos gotas de agua, y arrojar fuera del camino de la razon á los caracteres privilegiados. ¿Qué remedio hay para esto? La casualidad. Y tambien la poca frecuencia de este caso, porque las jóvenes no suelen pecar por demasiada obediencia.

Dios sabe que lady Campbell obraba de buena fe. El que la hubiese mostrado con el dedo la herida mortal que ella mantenía abierta en el corazon de una persona tan querida como su sobrina, no solo la hubiera sorprendido, sino que la habria dejado transida de dolor. ¿Mas quién podia sospechar una cosa tan inverosimil? Miss Trevor era una de las jóvenes mas brillantes que puede imaginarse, y á la verdad, es seguro que en toda aquella dorada muchedumbre que llenaba los salones de su padre, habia bien pocos observadores capaces de sorprender ó adivinar lo

angustioso y violento de su situación.

Al mirarla Frank, bajó los ojos, y solo con algunas palabras sin sentido, y mal articuladas, contestó al cumplido de aquel, pronunciado con voz conmovida. Frank se sintió acometido de un cruel temor; quiso hablar todavía, pero lady Campbell le tocó ligeramente el brazo con la punta del abanico, y le dijo: ¿Habeis tenido buen viage milord (1)? Luego acercándosele al oído dejó deslizar estas palabras: Por esta noche.... Frank, os lo ruego, ¡tienen los ojos en ella, en nosotros!... Frank nada comprendió.—Mañana, continuó lady Campbell con acento demasiado compasivo para que Frank se engañase aun, mañana os lo explicaré.... Tenedme siempre por amiga vuestra, querido Frank.... la pobre muchacha bastante ha resistido.... y padecido....

---

1 Por cortesía dan á veces el título de *lord* á los hijos de los pares de Inglaterra al dirigirles la palabra, aunque de derecho no les corresponde. Hablando de ellos se les llama *Honorables*.

—Qué milady, repuso Frank en voz alta, ¿debo pensar?...

—Os lo suplico, milord, aguardemos á mañana. Al mismo tiempo lady Campbell tomó la mano de Frank y la estrechó con ingénua sensibilidad. El saludó, y se alejó con la muerte en el corazón.

—Miss Trevor me hace el favor de aceptar mi mano para este wals? dijo el mayor Borougham á las primeras notas de la orquesta que preludiaba. Mary quedó inmóvil, anonadada.

—Dispensad á mi sobrina, señor mayor, respondió lady Campbell que estaba en todo, antes de concluirse el baile se indemnizará bailando con vos. Una imperceptible sonrisa vagó por debajo de los bigotes del mayor Borougham.

—Muy tarde viene Rio-Santo, dijo él al oído del doctor Muller, y este respondió en voz baja, en inglés puro, aunque no muy escogido y sin pizca de acento alemán. —El cuenta con lady Campbell, y lléveme el diablo si no tiene razón.... sin ella no responderia yo de la niña.

— La niña titubea.... sabe poco.... Yo creo que ama al otro....

— Con todo, ¡hay la tía ...

La tía decía á la sobrina : hija mia , lo principal está hecho , lo demás corre de mi cuenta.... ¡Ah! Si no fuese por vos , Mary , me guardaría bien de embajada semejante.... ¡Pobre Frank!... pero se trata de vuestra felicidad : yo me sacrificaré , mi querida hija ; y besó la frente de miss Trevor que estaba fria y húmeda .

— ¿Os sentis mala amor mio? la preguntó con cuidado .

— No sé , respondió Mary , yo padezco.... creo....

— ¿Qué creéis , hija mia?

— Creo que ambas nos engañamos.... la vista de Frank....

— ¿No es mas que eso? interrumpió lady Campbell recobrando de golpe su serenidad , confiad en mí que lo entiendo , hija mia.... ¡Ah! Suerte ha sido para vos que yo haya sabido leer el fondo de vuestro corazon....

Frank vagaba por los salones procurando sacudir el temor doloroso que oprimia

su mente: aun conservaba esperanza. Por otra parte, el recibimiento de lord Trevor habia sido tan cordial como antes, y las palabras de lady Campbell podian interpretarse en varios sentidos. ¡Pero Mary! ¿Era posible engañarse en vista de la frialdad que habia reemplazado de golpe su dulce franqueza de antes? ¿Aun le era permitido dudar? Frank se esforzaba en combatir, pero la evidencia victoriosa anonadaba sus esfuerzos.

Por todos lados le detenian los amigos para estrechar su mano y darle la bien venida.

—¿Qué nuevas traes del Simplon? le preguntaba uno.

—Ya me dejareis ver vuestro album, Frank, le decia otro.

—¿Cómo estais tan triste? gritó un tercero, ¿será que ya sabeis?...

Frank interrumpió vivamente á este último.—¿Qué? preguntó con ardiente ansiedad.

—Pobre muchacho! murmuró el amigo; mas aun no hay nada oficial.... son meras voces vagas....

—¿Qué dicen esas voces vagas?

— Dicen.... puede que mientan.... Dicen que miss Trevor va á casarse con Rio-Santo.

Frank pasó la mano por su frente, y preguntó: ¿Quién es Rio-Santo?

Miróle espantado el amigo, y díjole:

—¿No habeis oido hablar de Rio-Santo, Frank?... ¿Pues de quién hablan en Suiza? Rio-Santo es un marqués. Un marqués de los pocos que hay. Un marqués.... A la vista, Perceval, mi pobre amigo, allá bajo veo á sir Paulus que me hace señas de que en el whist falta un cuarto. Frank quedó solo, y aturdido por este nuevo golpe....

—¡Hola! buenas noches, querido, gritó á su oido una voz de falsete: hace un siglo que no se os ve, y yo decia ayer.... ¿á quién decia yo eso? ¡Ah! se lo decia á ese querido marqués.... Yo le decia: hace un siglo que no se ve á Frank, estoy seguro de que está haciendo de las suyas en Suiza.... hablo formalmente, eso decia yo.... pero teneis traza de mal humor, querido.... Ya adivino.... me acaban de decir que Rio-Santo....

—Con que es cierto? murmuró Frank.

—Querido, yo no sé nada; pero este diablo de Rio-Santo sabe tan bien guiar la barca!... Y además, querido, tiene mas millones que vos centenares de libras de renta.... ¡Ah! ¡es un terrible campeón!...

A estas últimas palabras el vizconde de Lantures-Luces hizo una pirueta, y se fue á charlar á otra parte.

Frank seguia andando sin ver nada, bamboleándose como un borracho, cuando sintió un brazo de muger que se introducía por el suyo.

—Milord, le dijo la condesa de Derby, ¡sois desgraciado! os compadezco.... porque sin duda sabeis ya....

—Presumo que lo sé todo milady.

—¿Todo?... no milord, no lo sabeis todo.... escuchadme: yo tambien soy desgraciada; desearia aliviar vuestras penas y quizás....

Hay un maldito fondo de fatuidad en el corazon de todo hombre. Frank, á pesar de su abatimiento, comprendió al momento, y miró á lady Ophelia con asombro.

Esta se puso á sonreír tristemente.

—Acaso os proporcionaré yo medios de combatir á Rio-Santo, prosiguió, porque no se puede vencer á ese hombre con armas ordinarias....

—Siempre, Rio-Santo! pensó Frank que sentia llenársele el corazon de un odio furioso, y sin límites.

—Id á verme mañana, añadió la condesa; lo que yo tengo que deciros se habla en voz baja, á puerta cerrada, estando los dos solos en un cuarto.... y todavía así el que lo habla está en peligro, lo mismo que el que lo escucha.... Hasta mañana, mi lord, os espero.

Se inclinó con aire gracioso y risueño como si hubiese concluido una conversacion frívola. Frank no tuvo tanta fuerza.

Su angustia se leia en todas sus facciones: siguió marchando y buscaba con los ojos un punto en que apoyarse, una silla en que dejarse caer.

Miss Diana Stewart, su prima, le vió de lejos y le llamó.

—Sentaos junto á mí, Frank, tengo mucho que contaros.... ¡Oh! ya me figuraba que este golpe os habia de herir de muerte!

— ¿Sois amiga de ese hombre? le preguntó Frank, á quien ya le costaba trabajo el hablar, debeis conocer su corazon.... ¿decidme?...

— Yo os diré todo lo que sé, primo mio; procurad que no os abandone el valor....

— Habladme de ella, Diana, ya escucho.

— Ella está sufriendo tanto como vos, Frank creedme. Pasa en su interior alguna cosa que yo no comprendo, pero su corazon no ha mudado. Miss Trevor os sigue amando.

Un soplo de inefable felicidad alivió el alma traspasada de Frank.

— ¿Pero ese casamiento? dijo él.

— Hablan de eso; lady Campbell lo desea.... Mary no se opone.

— No se opone! repitió Frank como un autómeta.

— Rio-Santo las ha hechizado!

— Otra vez Rio-Santo!... Diana!... le conoceis?

— Le conozco, respondió miss Stewart bajando los ojos, y poniéndose colorada.

— Enseñádmelo.... decidme qué especie de hombre es....

— Es un hombre á quien nada resiste, dijo en voz baja la jóven, un hombre hermoso, noble, fuerte, y al cual los demás hombres no pueden asemejarse sino de lejos.... Desgraciados de sus rivales, Frank!

— Desgraciado de él, mas bien! interrumpió Perceval que se levantó en un momento de terrible exaltacion. Mostrádmelo os digo!.... ¡ Ah! es preciso que yo le vea cara á cara, es preciso....

La monótona y clara voz del portero interrumpió á Frank, y anunció enfáticamente: D. José Maria Telles de Alarcon, marqués de Rio-Santo!

El nombre de Rio-Santo lanzado tan pomposamente al través de los salones, desgarró el oido de Frank Perceval, y resonó en su interior con una vibracion desagradable. Precisamente en el instante en que él llamaba á su rival desconocido y odioso á un tiempo, la suerte se lo arrojaba ruidosamente á la cara. Frank, temblando de cólera, y galbanizado por aquella alegría feroz que se apodera de los

valientes al acercarse el enemigo, sacudió de repente su torpeza, y átravesó el concurso con paso precipitado. Por instinto se colocó á mitad del camino, entre la puerta de entrada y la parte del salon que ocupaban lady Campbell y miss Trevor. Adivinó que Rio-Santo pasaria por allí indudablemente.

En efecto, pareció Rio-Santo casi al mismo tiempo. Era hombre de alta estatura, y de heróica presencia. Su rostro de facciones delicadas tenia aquella expresion de calma sobrehumana que hemos admirado en algunas fisonomías de la Italia, aunque en escala mas inferior. Era hermoso, tan hermoso como el pintor mas diestro puede imaginarse un rey ó un Dios. La perfecta redondéz de sus mejillas no estaba encubierta por ninguno de esos disfraces de barba romántica, cuya extravagante moda introducian los extranjeros hasta en los salones mas elevados. Solo tenia un sencillo bigote negro como el azabache y retorcido á la manera que lo llevan los españoles y portugueses. Sus cabellos, rizados naturalmente, no estaban

peinados con afectacion cayendo descuidadamente sus graciosos bucles, y dejando descubierta una frente espaciosa que rebosaba orgullo y franqueza. Sus ojos fascinaban, dominando bajo el atrevido arco de sus cejas.

Una sola cosa hubiera podido servir de tacha en aquel hermoso semblante á los ojos de un observador severo. Habia en la mirada de **Rio-Santo** y en las arrugas imperceptibles de su boca el sello de una sensualidad, que estando en reposo, debia mecerle dulcemente en las ilusiones de la poesía; pero que irritada de súbito podia no conocer freno, y llegar en aquel hombre fuerte y apasionado sin duda, hasta los excesos de la furia y del frenesí.

Pero ¿qué fisonomía hay en que no descubran ciertos observadores mil motivos de sospechar ó de temer?

El aire de **Rio-Santo** era verdaderamente.... real; pero aquella misma magestad no tenia nada de enfática estando unida á una gracia inimitable. Llevaba un traje severo por su perfecta elegancia. En su pecho resplandecian las placas de tres ór-

denes soberanas. Su nombre pronunciado en voz alta hizo nacer un contenido murmullo entre la multitud. Algunas ladys equivocaron las figuras del baile; otras se olvidaron de responder á una simple pregunta de su pareja. El murmullo se estinguíó bien pronto, pero quedó la emocion. Habia en la fiesta un elemento mas, y cada corazon femenino sintió que se ensanchaba su instinto de coquetería.

Frank Perceval no podia ser comparado al brillante marqués respecto de las ventajas exteriores. Era tambien buena figura; pero su belleza no consistia tanto en la regularidad de sus facciones como en el noble reflejo de inteligencia y generosidad que iluminaba su frente leal. Habia en él algo de caballeresco; su timidez era altiva pero su altanería era cortés. En suma, habria sido el rey de aquella juventud elegante y escogida, si Rio-Santo no hubiera existido.

Frank era mucho mas jóven que el marqués; bien que este era de aquellos hombres en quienes la edad no deja rastro y el tiempo parece olvidar en su carrera. No

se habria podido fijar precisamente cuantos años pesaban sobre la frente de Rio-Santo, y únicamente se echaba de menos en él aquella lozania juvenil de las facciones de Frank.

Este miró fijamente y largo rato á su rival, embarazándole el estrecho paso que le habia abierto la multitud. A la primera ojeada le pareció haber visto otra vez aquella figura, mas fue impresion corta y fugaz: lo que Frank vió, lo que notó con apasionados celos fue la extraordinaria belleza de Rio-Santo; y su odio se aumentó con todo el dolor que le oprimia el alma; pues en tales momentos de conflicto, en que la angustia paraliza la reflexion, aparece la belleza como arma única y soberana. Frank se sintió vencido, humillado ante la hermosura de su rival.

Mirábale siempre, y de continuo le obstruia el tránsito. Rio-Santo al principio aflojó el paso, y luego se paró de golpe, buscando con la vista á lady Campbell y á su sobrina. Ni siquiera habia reparado en Frank.

— ¡Allá bajo, marqués, allá bajo! gri-

tó el oficioso vizconde de Lantures-Luces señalando el ángulo del salón doñde estaba sentada lady Campbell; esas damas se quejan de vuestra tardanza.... ¡Y bien! Perceval, querido mio, tened la bondad de abrirnos paso al marqués y á mí.

Frank no se meneó, y concentró en sus ojos clavados siempre en el marqués, la espresion del mas insultante desprecio.

Rio-Santo bajó hácia él su serena mirada, y solo respondió á la fria provocacion de Frank con una salutacion muy cortés.

— Me procuraré el honor de ser presentado al honorable Frank Perceval, dijo con dignidad.

Y antes que Lantures-Luces empeorase el lance con su intempestiva oficiosidad, el marqués hizo con la cabeza una seña imperceptible á que contestó cierto personaje que acababa de entrar, y á cuyo paso todos se echaban á un lado con aquella condescendencia ostensible y de mal gusto que es el fondo de la cortesía inglesa.

Este personaje, que nosotros conocemos ya y cuyo elegante trage de baile no podia

disimular del todo el aspecto insignificante y plebeyamente civilizado que le diera naturaleza, marchaba con la cabeza erguida y los grandes ojos abiertos sin ladearse nunca ni para evitar un choque, ni para saludar á un conocido. Era Tyrrel, el ciego de la taberna de las *Armas de la Corona*.

A la seña de Rio-Santo cambió de direccion, y vino á plantarse delante de Frank, y así le hizo perder de vista al marqués.

— ¡Apartaos caballero! le dijo Frank con enfado.

— ¿Me lo decis á mí? preguntó el ciego con dulzura.

— A vos, y extraño....

— ¡Hola, hola! querido, gritó Lantures-Luces soltando la risa, ¿qué mala yerba habeis pisado esta noche? ¿Pues no vais á mover querrella á sir Edmund Makensie que es ciego?

— Disimulad, murmuró Frank mor-diéndose los labios, y buscó con la vista á Rio-Santo, mientras que el ciego murmuró en tono bondadoso: Vos sois caba-

llero quien ha de disimular. Rio-Santo habia desaparecido entre el concurso.

¿Será un cobarde? se preguntó Frank. Recorrió con la vista los salones. Se le hacia extraño que el marqués hubiese sido tan diligente en aprovechar la ocasion de escurrirse que la casualidad le habia presentado.

— ¡Será un cobarde! ¡repitió; ah! ¡yo le necesito valiente!

— ¡Le tendreis como lo necesitais, caballero! dijo á su oido una voz burlona.

Frank se volvió con rapidéz, y halló que la persona mas inmediata á él era una larga y exótica figura ocupada en limpiar los cristales de un monstruoso lente.

— ¿Qué habeis dicho? preguntó el jóven con altivéz.

— *Yo no he ticho*, respondió con flemma el largo personaje, que no era sino el doctor Muller.

— ¡Vos me habeis dirigido la palabra, caballero!

— ¡*No he tiriquido la balabra, tarteifle!* replicó el aleman volviéndole la espalda.

Frank creyó haberse equivocado ó que

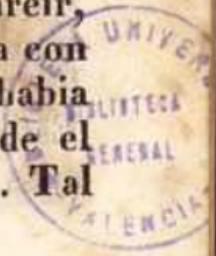
la fiebre le habia hecho oír palabras que nadie pronunciara. Además tenia otra cosa en que pensar.

Rio-Santo acababa de reunirse á lady Campbell y su sobrina. De repente el ángulo en que estaban sentadas vino á ser el centro del baile; todos los ojos se fijaron allí y la corte de lady Campbell se vió instantáneamente duplicada. Es probable que esta muger de talento previese muy de antemano el resultado de la presencia de Rio-Santo, y que el tal resultado tuviese alguna influencia en la adhesion que manifestaba al marqués: le recibió, pues, como una madre recibe á un hijo querido y admirado.

—Mary estaba triste, dijo, mientras Rio-Santo besaba la mano de la jóven.

—¿Solo mi ausencia ha podido motivar la tristeza de miss Trevor? preguntó Rio-Santo sonriendo y sin intencion.

Miss Mary probó tambien á sonreír, pero no pudo. Su mal se complicaba con la presencia del marqués que no habia perdido el misterioso poder que desde el principio egerciera sobre la doncella. Tal



poder se combinaba con el encanto que Rio-Santo sabia causar á todas las mugeres, y del cual miss Trevor tampoco habia podido defenderse. Cara á cara, y bajo la mirada de Rio-Santo perdia verdaderamente todo el conocimiento de lo que pasaba en su interior. Aunque en tales momentos hubiese tenido el valor de sacudir la dominacion moral de su tia, no sabemos lo que pudiera responder á esta pregunta terminante: ¿A quién amais?

De suerte que el error de lady Campbell era escusable en rigor. Ella tambien era víctima del encanto, ¿se le podia acusar por una falta en que incurria algunas veces la misma miss Trevor?

Aquella noche estuvo Rio-Santo mas obsequioso, mas tierno, mas elocuente todavia que de ordinario. Miss Mary, á quien una voz interior escitaba á contenerse, se dejaba llevar á pesar suyo de los encantos con que la fascinaba este hombre á quien no tenia amor, y echaba en olvido á Frank, á quien adoraba. Esto era mas que una fascinacion, y miss Diana Stewart habia empleado la

palabra propia: Mary estaba hechizada.

Lady Campbell escuchaba á Rio-Santo, arguyéndole con mucho talento, y pareciendo que le faltaba el tiempo para gozar de la felicidad de su sobrina. La concurrencia callaba admirada; el vizconde de Lantures-Luces aplaudia con gestos de entusiasmo cada palabra de su ilustre modelo, formando propósito de repetir las cuando se le presentase la ocasion.

Frank estaba de pie en el alfeizar de una ventana. Demasiado distante para poder oír, lo veía todo, y apuraba en silencio la amarga copa de los celos. Observaba, poniendo su alma toda en los ojos, interpretando cada gesto, dando á cada movimiento una significacion que encendia su fiebre doblándole el sufrimiento. Cuando Rio-Santo se inclinaba hácia Mary, y la envolvía en la magia de su mirada, Frank se estremecía de rabia; cuando Mary levantaba los ojos sobre Rio-Santo, Frank creía leer en ellos un amor tímido, pero elocuente en medio de su silencio, y su angustia se trocaba en agonía.

Y así permaneció pasando de la cólera

al martirio, y sin tratar de alejarse, porque el hombre que está apasionado, ama hasta sus mismos tormentos.

Además que en estos instantes de intolerable suplicio, no se ocurre nunca el pensamiento de huir; parece que el mal que se presencia debe ser mas leve. El espíritu agitado calcula instintiva y simplemente, diciéndose uno mismo: en mi presencia no se atreverán!... y por otra parte estando lejos, ¿no se aumentaria el tormento con todos los detalles crueles que la imaginacion enferma se presenta en medio de una multitud de circunstancias agravantes?

Las horas se iban pasando.—Una sola cosa vino á distraer el constante espionaje de Frank.

En el momento en que la conversacion del grupo presidido por lady Campbell llegaba al mas alto grado de interés, Rio-Santo, arrastrado sin duda por el calor del discurso, frunció las cejas, y la luz de un candelabro vino á caer perpendicular sobre su frente. Frank que le miraba se estremeció, preguntándose por segunda vez,

en dónde habia visto á aquel hombre. Pero las facciones de Rio-Santo volvieron á tomar su posicion normal, y Frank dudó de nuevo. Un recuerdo acababa de atravesar por su mente; estaba ligado á un suceso horroroso; su memoria, por una semejanza real ó imaginaria, le acababa de presentar un cuadro tan repugnante, que el odio mismo, y lo que es mas, los celos no podian colocar en él la noble y serena figura de Rio-Santo. Frank pensó que se habia engañado, y lo pensó con tanta mas razon, cuanto que era necesario estar loco para suponer lo contrario. Una terrible desgracia le habia alcanzado antiguamente en circunstancias especiales, y el hombre que juega el principal papel en ese espantoso drama, del cual tendremos que dar cuenta al lector, se parecia á Rio-Santo todo lo que un miserable puede asemejarse á un príncipe. Frank alejó de sí tal sospecha. Tenia bastantes motivos recientes de odiar, sin necesidad de aumentar su aversion con hipótesis dudosas, fundadas en añejos ultrages.

Consagró, pues, su alma entera á la ira

que le ocupaba en aquel instante. Su cólera no se engañaba; se concentraba toda sobre el marqués, olvidándose de Mary, cuyo carácter débil y subyugado conocia.

Por fin se levantó Rio-Santo para bailar un poco y ofrecer sus respetos á las damas. Frank, que esperaba este momento con impaciencia, dejó su puesto y fue á alcanzarle.

—Caballero, le dijo con aquella calma afectada que el hombre de mundo sabe siempre manifestar en sus mas grandes emociones, indicabais ahora poco el deseo que teniais de que os presentasen á mí....

Rio-Santo no le reconoció al pronto, pero luego que recordó su semblante, sonrióse un poco y le tendió la mano.

—Mr. Perceval?... dijo. En efecto no podia menos de desear hacer conocimiento con un hombre de quien lady Campbell me ha hablado frecuentemente con un afecto de madre, y á quien miss Trevor ama con la ternura de una hermana....

Frank tomó la mano de Rio-Santo y la estrechó fuertemente.

—Con qué os inclináis á amar todo lo

que ella ama? le preguntó con amarga sonrisa.—Milord, estais haciendo el mejor papel, y yo, á mi pesar, represento el ridículo personage de amante olvidado que incomoda á todo el mundo, y á quien todos desprecian ó compadecen.... Yo amo á miss Trevor, caballero!

Rio-Santo no retiró su mano.

Ya lo sabia, le contestó con un tono mas frio, pero comedido en extremo.—Lady Campbell me lo habia dicho.... Yo esperaba... esperábamos que la ausencia...

—Por quién hablais, caballero? interrumpió Frank.

—Hablo por mí, por lady Campbell...

Y no mas, caballero, y no mas! le volvió á interrumpir Frank con voz imperiosa: si pronunciais otro nombre, os digo que mentis!

—Y tambien por miss Mary Trevor, añadió lentamente Rio-Santo.

Al mismo tiempo retiró la mano, y puso el dedo en su boca. Su mirada seguia tranquila: ni una arruga se advirtió en su frente.

—No creo, Mr. Perceval, continuó

con dulzura, haber buscado vuestra provocacion. Deseaba vuestra amistad: mas puesto que habeis decidido otra cosa.... será lo que vos quereis.

El semblante de Frank se inmutó de placer.

—Hasta mañana, pues, caballero, le dijo, lo que quiero es que uno de los dos quede en el campo, y me felicito de haber encontrado en vos un corazon de noble....  
;Hasta mañana!

Rio-Santo dió una vuelta de wals, cumplimentó á las damas, y volvió á sentarse cerca de Mary.

—Os he visto hablar con Frank Perceval, le dijo en tono muy bajo y con inquietud lady Campbell.

—Es un jóven muy amable, respondió Rio-Santo.

## VI.

## La hija del ahorcado.

**E**L papel entregado por Tyrrel el ciego la tarde anterior en la orilla del Támesis á la hermosa moza de taberna Susana, llevaba escrito *Wimpole-Street, 9.*

A mediodía, Susana, exacta á la cita, atravesó la verja que estaba abierta; subió los escalones de granito del pórtico y tocó á la aldaba de la puerta número 9 de *Wimpole-Street.*

Esta era una casa de muy bella apariencia. Susana no tuvo necesidad de llamar dos veces, porque se abrió la puerta en el momento mismo en que soltaba el aldabon. Un criado con lujosa librea la recibió sin decir palabra, y la precedió hasta la primera pieza del cuarto bajo, en donde una sirvienta que podía tomarse por una lady, estaba sentada y parecía esperar.

A la entrada de Susana se levantó precipitadamente y ejecutó una cortesía á la francesa, tan graciosa, tan prolongada, tan perfecta en fin, que no la hubiera podido hacer igual una figuranta de teatro.

—Voy á anunciar á la señora duquesa (dijo en seguida en francés), que la señora princesa desea entrar en el salon.... á menos que la señora princesa prefiera subir á su departamento.... la señora princesa está en su casa.

—Ya lo sé, respondió Susana.

Entró en un magnífico salon amueblado con lujo, al estilo que se llama *rococo*, entre los franceses. Dejóse caer en un sillón, y la sirvienta se retiró andando hácia atrás y haciendo cortesías.

La linda moza de taberna habia recibido este título de princesa y estas pruebas de respeto sin manifestar la menor estrañeza. Habia trocado sus vestidos de la víspera por un trage elegante pero exagerado, y casi teatral. Una falda de terciopelo negro dejaba conocer sus formas magnificas; en vez de sombrero llevaba la cabeza cubierta con un largo velo de encage descuidadamente puesto, cuyos pliegues diáfanos dejaban ver entrelazada en sus cabellos una diadema de relucientes azabaches.

Aquella jóven estaba asombrosamente bella así á la luz del dia como á la de los quinqués en la noche anterior: con todo, entre la reposada altivéz de sus facciones se percibia un poco de fatiga y se adivinaba que solo la angustia, una angustia cruel y larga combatida con valor, habia podido envolver en una nube de indiferencia el fuego natural de sus hermosos ojos negros.

A la luz del dia se notaba menos vigor y audacia varonil en la fisonomía y continente de aquella maravillosa criatura. El desden de la víspera habia tomado el as-

pecto de sufrimiento, y esto hacia resaltar sus encantos, porque el excesivo vigor admira y no atrae; el hombre que la hubiese considerado así, habria sentido una especie de placer egoista en distinguir la amable debilidad de la muger detrás de sus orgullosas perfecciones.

Su codo se apoyaba en el brazo cincelado del sillón y la cabeza descansaba en su mano. Ni una sola mirada consagró á la magnificencia del salón en que se encontraba, al salir apenas de una taberna. Su vista triste y distraida se fijaba sobre el artesonado que tenia enfrente sin verle. Se la hubiera podido tomar por una de aquellas hermosísimas muchachas de las campiñas circasianas, á quienes la esclavitud del Haren hace caer en el estupor volviéndolas de piedra, y que no conservan mas que la belleza material suficiente para satisfacer los placeres brutales de un bajá.

Pero considerándola mejor se conocia que aquel estupor no afectaba en ella mas que á la superficie. Dentro de aquel hermoso cuerpo inmóvil, frío y muerto, habia

una alma que reposaba y quizás estaba adormecida, pero que existía allí.

Una puerta del salón giró sobre sus goznes, y al propio tiempo se sintió descorrer sobre su dorada varilla la colgadura que la cubría. Presentóse en el umbral una ridícula vieja, cuyo rostro se divisaba apenas en medio de un proceloso mar de cintas y encages. En el centro de aquella cara, cuyas facciones aguileñas y bien delineadas luchaban todavía con el irreparable ultraje de los años, brillaban agitados por un nervioso temblor, dos ojos ardientes, vivos, penetrantes y curiosos.

Había mucha astucia en aquellos ojos, y aun mas todavía en el conjunto de facciones que los acompañaban. Había también una jovialidad estudiada y cierta gracia que no carecían de buen gusto.

La propietaria de estos ojos y del resto era una mugercilla endeble y flaca, envuelta en una ancha bata de raso.

Detúvose en el dintel y asestó su mirada sobre la jóven, fijándola por largo rato. Esta mirada era la de una muger inteligente y esperta. Concluido su exámen dejó

percibir una sonrisa y un gesto de satisfacción.

— ¡Hechicera, dijo, perfecta!... ¡No hay como un ciego para descubrir muchas bonitas!

Tosió y dejó que se cerrase la puerta. Susana se volvió lentamente hácia ella.

— Hija mia, dijo la vieja, yo soy la duquesa viuda de Gèvres, y vos la viuda de mi infeliz sobrino, muerto en la flor de su edad, á quien lloraré siempre, el principe Felipe de Longueville.... Abrazadme, mi querida sobrina.

La vieja francesa se inclinó para besar la frente de Susana, que se dejó besar.

— Princesa, repitió, vos os acordareis si no me engaño del nombre de vuestro marido á quien perdisteis hace seis meses... Felipe de Longueville, querida mia. Felipe de Longueville.... ¿lo entendeis?

Susana levantó sus grandes ojos llenos de indiferencia sobre su nueva tia:

— ¡Felipe de Longueville! repitió. — Tanto vale este nombre como cualquiera otro.

— ¡Vamos Susana!.... (vos os llamais

Susana, porque nosotros quitamos la terminacion hebráica....) ¡Vamos querida!... ¡respeto al nombre de los descendientes de Dunois!... Nosotras somos bastardas de la sangre real, hija mia, y mas de cien poetas han cantado en metros buenos y malos á nuestro ilustre ascendiente!

— La vieja francesa declamó este trozo con un énfasis medio serio y medio cómico.

— Princesa, prosiguió aproximando un sillón en el que sumergió bruscamente su diminuta persona, vos sois mi sobrina, yo vuestra tia, es necesario que nos amemos mucho.... La ley de la naturaleza es terminante en este punto.... Verdaderamente sois la jóyen mas bella que he conocido en los sesenta años que hace estoy sobre la tierra!.... ¿Pero sin duda se os habrá dicho ya?... A propósito, he aquí vuestras armas, mi querida sobrina; este sello será el que usareis de hoy en adelante.

Al decir esto puso en el dedo de Susana una ancha sortija enriquecida de brillantes, en cuyo engarce estaba grabado

el blason de Francia con la brisada de Orleans y la sobre brisada de Bastardía.

— Hablemos ahora del asunto, continuó. Por de pronto tened la bondad de leer esta carta dirigida á vos.

Susana tomó la carta y la abrió. Hé aquí su contenido:

« Al separaros del hombre que os ha salvado la vida ayer noche, os habeis dirigido á Goodman's-Fields, cuartel de los judíos. Allí habeis andado largo rato al rededor de los escombros de una casa arruinada....”

— ¡La casa de mi padre! interrumpió Susana.

« Regresasteis en seguida por Leadenhall-Street; habeis subido en un coche de alquiler al extremo de Cornhill, cerca de la Bolsa, y os habeis hecho llevar á Warrer's-Hottell, Regent Street, en donde habeis pasado la noche. Esta mañana habeis salido á pie al amanecer; habeis comprado ese trage que aun tendreis que trocar por otro mas decente, despues habeis estado dos horas en la esquina de Clifford-Street esperando una persona que no ha venido....”

¡Que no ha venido! repitió tristemente Susana.

«Teneis sin embargo gran deseo de verla! (continuaba la carta que parecia responder á la interrupcion de Susana); habeis dejado á Clifford-Street, luego habeis vuelto, y os alejasteis de nuevo para venir otra vez....»

«Nada está oculto para el ojo que desde hoy vigila vuestras acciones.

«**ESPERAD.** — En llegando la orden estad dispuesta; cuando hayais obedecido, silencio!»

No habia firma.

Susana arrojó la carta y miró á la vieja fijamente.

— ¿Con que me han seguido? dijo: ¿y para qué?... Estas gentes se dicen poderosas: ¿qué me importa?... Me amenazan: es locura amenazar á una muger que han encontrado en el camino del sepulcro.

Los ojos penetrantes de la duquesa viuda de Gèvres se bajaron á la mirada de Susana, como los cuernos de un caracol se recogen al contacto inesperado de un cuerpo extraño. Sintióse instantáneamente

dominada, y guardó silencio por largo rato despues que la voz firme y grave de Susana hubo cesado de vibrar en su oido.

—Dios me perdone, hija mia, la dijo en fin con un tono sumiso y del todo exento de aquel aire socarron que se notaba en sus primeras palabras, —vais demasiado lejos. ¿Os han seguido quizás?... yo me inclino á creerlo, pero es por pura solicitud. Se dicen poderosos; lo son, hija mia, lo son hasta un punto que no podeis concebir.... En cuanto á las amenazas, no hay tal; yo os afirmo bajo mi responsabilidad que os engañais.... ¡Nada de amenazas!... Contribuireis á la egecucion de un proyecto.... de muchos proyectos.... ¿quién sabe? pero en cambio tendreis lujo, placeres, felicidad....

—¡Felicidad!... murmuró la hermosa niña, cuyos ojos perdieron su triste inmovilidad; ¡él no me ama!

—Quién podria dejar de amaros, ¡hija mia!

—¡El no me conoce!

—¡Tanto mejor!... ¿Sabeis los atractivos que habeis reunido desde ayer?...

Ayer no erais más que bella; hoy sois rica y princesa.... Escuchad y creedme, Susana.... A vuestro alcance están de hoy muchos medios cuya fuerza es casi sobrenatural.... Del mismo modo que vos servireis á ese poder misterioso de que hablábamos antes, del mismo modo ese poder os servirá á vos.... Desde hoy sois uno de los mil átomos que le componen; aumentais su irresistible omnipotencia, y esa omnipotencia es vuestra.... lo que deseéis será cumplido; lo que os parezca un sueño irrealizable será realidad....

Susana se habia medio levantado: su hermoso rostro perdía gradualmente la expresión de triste insensibilidad. Sus ojos brillaban por intervalos bajo el arco estendido de sus negras cejas: apenas podía respirar; su seno se veía latir; parecía que una especie de corriente magnética inyectaba la vida á borbotones en cada una de sus arterias.

No estaba ya hermosa; estaba sublime.

La francesa, fascinada por este fuego repentino, la contemplaba en silencio.

— Todo lo que yo deseé será cumplido!

repitió Susana haciendo un esfuerzo; — lo que me parezca un delirio vendrá á ser realidad....

Levantó los ojos al cielo y corrieron dos lágrimas lentamente á lo largo de sus mejillas.

— ¡Oh! lo que yo deseo, continuó juntando las manos con intensa pasión, lo que yo sueño es su amor!... ¿Son ellos bastante poderosos para hacer que me ame?

La francesa se puso á sonreír y tomó las manos de Susana.

— Ellos lo pueden todo, respondió dando á su voz contenida un enfático misterio. — Habéis llorado mucho, ¿no es verdad?

— ¡Oh! sí, mucho he llorado, dijo Susana.

— Ya olvidareis vuestras lágrimas.... Decidme.... ¿el hombre que amais es sin duda poderoso y rico?

— Yo le creo pobre.... Venia á menudo á pedir dinero á mi padre, en el tiempo en que habia oro en la casa que está en la actualidad demolida en Goodman's-Fields.

— ¿Cómo se llama?

—Brian de Lancaster, contestó la hermosa niña con un movimiento de orgullo.

—¡Brian de Lancaster! repitió la francesa sin poder contener un gesto de desden.—El pobre hermano del rico conde de White-Manor!... ¡Santo Dios! hija mia.... Y es por Mr. de Lancaster, el jóven miserable, por quien habeis llorado tanto!...

Susana retiró vivamente sus manos y su severa mirada ahogó las palabras en la boca de la duquesa viuda de Gêvres.

—Yo le amo, dijo levantando su cabeza con aquel aire de reina que ya le conocemos, y me envanezco de amarle!

—Teneis razon, querida mia, replicó tímidamente la vieja, soy francesa y aficionada á chancearme, no por eso habeis de enfadaros conmigo.... De todos modos el honorable Brian de Lancaster heredará probablemente algun dia el condado de White-Manor, y la dignidad de Par.... Es á él á quien buscabais en la esquina de Triford-Street?

Susana hizo un signo afirmativo de cabeza.

—Pobre niña! exclamó la duquesa, pero

si él hubiese pasado junto á vos, no os hubiera visto regularmente, y aunque os hubiese visto, no habria reparado en vos, y si hubiera reparado, ¡estabais perdida!... No abrais así vuestros pasmados ojos, hija mia.... perdida! lo repito.... Gran Dios! pensais que Brian de Lancaster, por original y loco que sea.... perdonadme, pero... pensais que vaya á enamorarse así apasionadamente de las mugeres que encuentre por casualidad en las esquinas?

— Es verdad! articuló Susana palideciendo como quien acaba de salir de un peligro.

— No es así como os conviene encontrarle, princesa, sino en algun espléndido sarao de West-End.... en Almack.... en el Park.... cuando pueda veros al través de los cristales de vuestro coche con escudo de armas.

— Es verdad, es verdad, dijo otra vez Susana; el lujo, la riqueza, él me habia hecho olvidar todo eso.... Ayer me prometieron lujo....

Levantóse como si sus ojos se hubiesen despejado repentinamente, y paseó su vis-

ta al rededor del salon. Lo que vió la hizo sonreír de placer, y su gozo era noble y bello como su dolor.

—Muy bien, añadió, me han cumplido la palabra. Todo esto casi es tan brillante como la casa de Goodman's-Fields.... demolida ahora.... antes de que ahorcasen á mi padre.... ¡Oh! viviré aquí como en otro tiempo.... pintaré hermosas flores.... os las regalaré, señora..., cantaré.... y despues le veré.... ¿Cuándo le veré?

Susana habia pronunciado las primeras palabras en tono estasiado y lleno de dulce exaltacion; la última pregunta la hizo con voz áspera y apasionada.

La vieja reflexionó un momento con las arrugadas manos cruzadas sobre sus rodillas, y los ojos medio cerrados: le vereis esta noche, dijo al fin.

—Esta noche! exclamó Susana, brincando como una tierna cervatilla, y como absorta en su delirio, ¿esta noche?

Recobrando luego su actitud de esquisito y altivo donaire, alargó la mano á la francesa, y le dijo con espresion de inmensa gratitud: Gracias, yo os amaré.

La vieja sacudió lentamente la cabeza.— Pobre hija mia, mucho le amais, demasiado. Un amor de esa especie es peligroso, porque desterrará la prudencia.... ¿Sabreis tener secretos para él?

— No, respondió Susana, todo se lo diré.

— Os perdereis, hija mia!

— Qué importa?

— Y le matareis!

Susana perdió la sonrisa, y frunció las cejas.

— Yo no amenazo, hija mia, prosiguió la francesa, vuestra cólera es supérflua; digo lo que es.... Conozco como todo el mundo el carácter escéntrico y audáz del honorable Brian de Lancaster. Si le decis una palabra comprenderá lo restante, adivinará, querrá luchar.... Y luchar contra ellos es morir. El es solo, la sociedad poderosa, y sus miembros sin número. Es segundon, simple caballero y pobre, y entre nosotros hay lores, y personas cuya opulencia ha llegado á ser proverbial.... Al primer choque será hecho pedazos como un cristal.

— Yo callaré, interrumpió Susana.

— Lo creo, vos callareis, hija mia, prosiguió la viuda fijando una mirada profunda y explotadora en su sobrina improvisada.

— Vos callareis, pues sabeis que hay ojos y oídos abiertos en torno vuestro.... Sabreis gozar la dicha presente, y no empeñar una insensata lucha.... Sois la princesa de Longueville, ¿qué secretos pueden preguntaros? Le dareis vuestro amor, y ¿no es demasiado para un pobre caballero el amor de la viuda de un príncipe que tiene veinte años, que es bella como un ángel, y mas rica que una reina?

— ¡Oh! no, no es bastante, dijo Susana; si yo fuese reina de veras aun no bastaría, pues Brian vale mas que todo...; pero callaré.... ¿Me habeis dicho que le veré esta noche?— Y te lo cumpliré, hija mia.

Levantóse la francesa y tocó la campanilla. La camarera acudió, y á una insinuacion trajo recado de escribir.

— Son las tres, murmuró la duquesa viuda mientras escribia algunas líneas, aun tenemos tres horas; es mas de lo que se

necesita.... Marieta, entregad este billete á Joe, y dadle orden de llevarlo corriendo al doctor.... Entregad este otro á Dick; es preciso que llegue á manos del mayor antes de media hora.... Haced tambien que Ned tenga pronto, para las seis y media, el coche de madama la princesa.... Andad! La camarera salió.

— Mi querida sobrina, repuso la duquesa, esta tarde se da una representacion alemana en el teatro de Covent-Garden.... Por extraordinario el gran tono abandonará hoy el teatro real.... Empezad vuestro tocador, hermosa mia; iremos á la representacion alemana.

— ¿Y Brian?

— El honorable Brian de Lancaster estará allí.

— ¿Cómo sabeis?...

— Estará allí, hija mia.

## VII.

Edward y compañía.

**N**o muy distante del ángulo que forma Finch-Lane y Cornhill, existia en aquella época una estrecha callejuela sin nombre, desde cuyo centro solo se veia una estrecha faja de cielo por entre los tejados. Esta callejuela corria por el costado de una enorme casa cuadrada, que daba por la otra parte sobre Finch-Lane, y tambien sobre Cornhill, en donde ostentaba su vasta fachada.

Despues, ha pasado por allí Mr. Nash; su inflexive nivel, llevándose por delante los antiguos muros de la casa cuadrada, la

ha echado abajo ni mas ni menos que si fuese una barraca. En su lugar se han levantado casas de Lóndres, y no es menester decir mas.

Pero en cambio la callejuela sin nombre ha desaparecido.

Entonces Finch-Lane era aun mas cenagoso y lóbrego que en el dia. La callejuela no contribuia poco á su mala fama. Apenas se veian por allí mas que esos corredores parecidos á sombras que pasean al rededor del Real-ex-Banco su famélica y orgullosa miseria. Esto durante el dia.

Por la noche aparecian en el fondo de la calle resplandores rojizos. Salian de las sombrías tabernas confusos clamores. Se oia el sonido fascinador del oro, la provocativa voz de las cortesanas, y las roncadas maldiciones que nacian de las quimeras populares.

Ni una sola de las condiciones que constituyen las famosas madrigueras de ladrones faltaban á aquel lugar escogido. Pobre en medio de un cuartel rico, sombrío á dos pasos de una calle espléndidamente iluminada, no habia que desear ni aun la

vecindad de una oficina de policía, de esa suprema protectora de los rincones sospechosos. La guardia de **Bishops-Cate** estaba vigilante á algunos centenares de pasos todo lo mas, á distancia de oír, y casi de ver.

La parte del piso bajo de nuestra gran casa que daba al lado de **Cornhill**, estaba ocupada por dos hermosos almacenes simétricos. El primero ostentaba detrás de las vidrieras de sus ventanas un magnífico surtido de joyería: el otro contenía todos los distintos objetos que constituyen el adorno de los dos sexos desde los botines barnizados, las medias de seda y los puños de camisa, hasta los fraques hechos y las cachemiras de la India.

Estos dos almacenes perfectamente acreditados, eran maravillosos. — Leíase sobre la muestra del joyero el nombre de **Falkstane**, y sobre la del mercader de trages el de **Bertram**.

En **Finch-Lane**, tambien en la misma casa, estaba la puerta de un establecimiento de giro, pero en esta el aspecto era del todo diferente. **Finch-Lane**, calle estrecha y encajonada, formaba una especie de tér-

mino medio entre la gran galería y la oscura alameda que hay al otro lado. En aquella parte de la casa la luz era mas opaca, lo que junto á la disposicion particular de las cortinas y regillas interiores, daba al despacho del cambista una fisonomía casi misteriosa. No obstante se debe suponer que nada extraordinario pasaba allí, porque durante todo el dia se trocaban billetes de banco por oro, y oro por billetes de banco.

Al lado del cambista habitaba un prendero. Aquí habia ya mas sombra, se estaba mas lejos de la calle ancha, y mas adentro de la estrecha. El prendero encendia sus quinqués 20 minutos antes que el cambista.

Este se llamaba Mr. Valter; y aquel Peter-Practice.

Por último, á la espalda de la casa, en el estrecho paseo destruido actualmente, se veian ocho ó diez ventanas con rejas cuyas vidrieras, embadulnadas con cal, no dejaban penetrar en el interior las miradas indiscretas.

En este sitio estaba situado el escrito-

rio de la casa de comercio Edward y C.<sup>a</sup>

¿Qué operaciones hacia esta casa? Nadie hubiera podido decirlo con exactitud, y este misterio ocupaba mucho á las modestas tenderas de Finch-Lane y á las ricas de Cornhill. Decíase con vaguedad, y sin saberlo, que Edward y C.<sup>a</sup> tenían depósito de géneros extranjeros. — ¿Pero qué géneros eran estos?

Llegaban con frecuencia infinidad de mozos cargados de paquetes; veíanse algunas veces carruages parados á la puerta. Fardos y paquetes eran introducidos, pero jamás, ni una sola vez, se veía salir nada.

Forzoso es convenir en que era cosa extraña.

Vivian allí inmediato una mistriss Brown, muy colorada; una mistris Black, medio ética y una mistriss Krubb, linfática, que se hubieran pasado sin tomar te por espacio de tres cuartos de hora, á trueque de saber qué era lo que vendia la casa de comercio Edward y C.<sup>a</sup>

Pero tambien hubieran querido saber otra cosa muy distinta.

Por egemplo, ¿por qué no se veía nun-

ca ni dependiente ni principal en esta casa extraordinaria? Los que habian penetrado en los escritorios, ya bajo pretexto de tomar un billete de banco sin descuento, ya con cualquiera otro usado en el comercio, habian visto mesas enrejadas, y detrás de las regillas, impenetrables cortinas verdes y nada mas.

Un criado con librea color de fuego que estaba de pie en la puerta de la entrada era el único ser sirviente que mostraba su rostro en este singular escritorio.

Además (y esto era muy propio para excitar la curiosidad de los tenderos del contorno) ¿por qué el comerciante de ropas, el joyero, el prendero y el cambista habian venido á establecerse allí en una misma época todos cuatro, y al propio tiempo tambien que el despacho central de la casa Edward y C.<sup>a</sup> se instalaba en la calle sin nombre?

Creian algunos que acaso Edward y C.<sup>a</sup> era una misma cosa con los cuatro mercaderes subalternos, á quienes por otra parte nadie de la ciudad conocia; pero si así era, ¿por qué no se trataban entre sí, y

sobre todo ¿por qué no tenían relacion alguna, ni aun de mera vecindad, con los escritorios Edward y C.<sup>a</sup>?

— ¡Graves, árduas é imposibles de resolver eran estas cuestiones!

Mistress Brown, mistress Black y mistress Krubb, sin hablar de mistress Dodd, ni de mistress Blomberry, sus vecinas, charlaban diariamente de esto con mistress Bull Footes y mistress Crosscairn, sin poder adelantar un solo paso en la solucion del problema.

De cuando en cuando, casi de mes á mes, se veian abrir las grandes ventanas del piso principal, que caian sobre Cornhill. Un hermoso y elegante caballero aparecia entonces entre las lujosas colgaduras de seda. ¿Quién era este caballero? ¡Seria acaso el gefe de la casa Edward y C.<sup>a</sup>!

Al hacerse esta pregunta, todas las mistress mencionadas arriba daban suelta á sus ocho lenguas.

Lo que se sabia era, que Edward y C.<sup>a</sup>, el prendero, el cambista, el ropero y el joyero estaban allí desde un año antes, que hacian al parecer muy buenos nego-

cios, y que no se podia decir ni lo mas mínimo acerca de su crédito.

En una ocasion las ocho tenderas, y otras ciento que no nombramos, creyeron que habian encontrado la palabra del enigma. Habian visto entrar por la puerta de Edward y C.<sup>a</sup> unos treinta hombres robustos y andrajosos. Evidentemente estos hombres eran marineros; era claro que venian á buscar ocupacion y fuera de duda que Edward y C.<sup>a</sup> eran corredores de enganche.

Bueno, lucrativo y moral oficio!

¡Escelente razonamiento!

Pero al cabo de un mes, se vió volver á los mismos hombres. ¿Cómo se habian de enganchar estos marineros con tanta frecuencia? Pasado otro mes se les vió venir aun, y tambien pasado el tercero. Ciertamente no eran marineros.

¿Qué eran, pues?

Llegóse á hablar hasta de cosas inauditas: de asociaciones tenebrosas, de tráficos criminales, de bandidos!... de necesidades, en fin, de que hubieran tenido vergüenza en ocuparse las personas juiciosas.

Sea lo que fuese, al día siguiente del baile de Trevor-House era justamente el escogido por los pretendidos marineros para concurrir á los escritorios de la casa de comercio Edward y C.<sup>a</sup> Como á las once de la mañana se los vió llegar en grupos y entrar por la puerta de la casa cuadrada que daba á la callejuela.

El criado del vestido color de fuego los iba reconociendo, los saludaba y los dejaba entrar.

Eran hasta treinta y seis. — Luego que entró el último, echó el criado la llave con dos vueltas y se retiró.

Los treinta y seis recién venidos eran casi todos robustos, y de traza resuelta. Algunos llevaban en la cara las innobles señales que dejan las costumbres licenciosas; otros conservaban en la mejilla respetables heridas de un reciente pugilato; otros finalmente presentaban un rostro liso y entero entre el doble límite de sus espesas patillas. Estos últimos no tenían traza de haber barrido mucho tiempo el cielo de Lóndres; pero tampoco hubiera sido agradable tropezar con ellos de noche

en campo raso. Tenian realmente fisonomías de honrados é intrépidos proscritos.

Esceptuando el traje, los compañeros de Robin-Hood debian tener en otro tiempo las mismas fachas. Uno ó dos muchachos apenas salidos de la infancia formaban parte de la reunion.

La mayor parte de ellos han desfilado ya á nuestra vista; y el lector hubiera reconocido en esta honrada asamblea muchos de nuestros nocturnos navegantes del Támesis. Estaban el robusto Tom Turnbull, que á la luz del dia, preciso es decirlo en su elogio, tenia toda la traza de un pícaro muy resuelto: el gordo Charlie, remero del bote almirante, gobernado la víspera por el capitan Paddy O'Crane; Patrich, Saunie el ladrador, Caracol el maullador, y los demás que no hemos nombrado.

Solo faltaban el bueno del capitan, su frac azul con botones negros, su calzon de gamuza y su baston salvado del naufragio poco antes.

El despacho en donde se hallaban reunidos era una pieza grande dividada en dos por una regilla de madera, á la cual estaba

unida una espesa cortina verde. El enrejado tenia pequeñas ventanillas, encima de una de las cuales se leia la palabra: *caja*.

Nuestros treinta y seis goleotes sabian leer lo bastante para descifrar esta palabra mágica.

Habíanse sentado en un banco de madera en forma de sofá que daba vuelta á la estancia. Solo el último que entró, no hallando lugar en el banco, se mantenía de pie en el hueco de una ventana, y arrimaba la nariz á los cristales, cuya transparencia se habia impedido con una capa de cal.

A primera vista hubiéramos dicho que ensayaba mirar al través de aquella espesa pantalla; mas considerándole mejor podia conocerse que su cabeza se ocupaba en un trabajo menos material. El índice de su mano derecha recorria rápidamente y uno despues de otro todos los dedos de su mano izquierda: sumaba y restaba. Era un calculista en andrajos.

Llevaba un corto y estrecho *paletó* como los llevan los barqueros de gabarra, sobre una camisa azul, y un pantalon de algodón listado, abierto sobre el tobillo, por donde

dejaba ver unas medias sucias y remendadas. Cubríase con un viejo sombrero de fieltro, con alas muy estrechas, y su calzado consistia en unos zapatos, cuyas suelas no bajaban del grueso de dos pulgadas.

A pesar de la elevacion que le daban tan formidables chanclos, nuestro hombre era de estatura muy baja, y sus miembros mal proporcionados, presentaban un total desprovisto de toda simetría. En cambio, cada uno de ellos en particular, tenia una vigorosa configuracion. El brazo largo y musculoso, se engrosaba demasiado por debajo del codo: las piernas un poco vueltas hácia dentro: la cabeza, en fin, se mantenía desairada, pero firme, entre dos hombros de una anchura enorme.

En cuanto el rostro no podemos decir que tuviese una espresion comun. El sombrero en vano era pequeño, pues solo descubria una frente ancha á lo mas cosa de tres dedos, de la cual arrancaba sin transicion, una nariz aguileña, delgada, pálida, y tan metida, que sus estrechas ventanas apenas podian introducir la cantidad de aire indispensable para la respiracion. Nada

de barba, á no tomarse por tal algunos pelos rubios que se podian contar en su curtida piel; su boca era pequeña y hundida, y en sus extremos la sonrisa habitual habia formado dos arrugas que le daban un aire burlon. Su mirada penetrante, cautelosa algunas veces, otras atrevida, se distinguia apenas entre sus crecidas cejas rubias.—En fin, su fisonomía era un conjunto que espresaba al mismo tiempo una especie de honradéz natural, una codicia sin límites, y la dura indolencia que se advierte en la frente de casi todos los hijos del pueblo de Lóndres.

Tal era nuestro hombre estando en reposo.

Cuando se ponía en movimiento, todo el conjunto de su persona se cubria de una capa mas espesa de fealdad. La poca gracia de sus movimientos era hasta innoble, y las arrugas movibles de su boca, confundándose de una manera rara, daban á su semblante un carácter de audacia cruel y de baja hipocresía.

Antes de declarar su nombre, que el lector conoce, añadiremos una circunstan-

cia que tiene su originalidad: por todas partes, en el pantalon, en el paletó, en el chaleco, y hasta en la camisa, tenia faltriqueras. Su paletó solo contaba cinco. La principal, puesta en un sitio que no se acostumbra, bajaba desde la cintura hasta la rodilla y estaba forrada en cuero para mayor solidéz. Las otras, bastas y prolijamente cosidas, se hallaban disimuladas en lo posible.

Este hombre era Bob-Lantern, el asesino de Temple-Church.

A pocos minutos de haberse reunido los treinta y cinco compañeros de Bob-Lantern, se oyó una voz que salia del otro lado de las cortinas verdes.

— ¿Estais ya todos? pronunció.

— Todos estamos aquí, señor Smith, respondió Tom Turnbull, el vigoroso mancebo que parecia ejercer cierta influencia en el resto de la cuadrilla.

— ¡Aquí estamos! repitió en falsete el pequeño Snail.

Oyóse rechinar detrás de la cortina el ruido seco del resorte de una cerradura mecánica.

—¡Qué diablos de cabeza tengo! dijo en el mismo instante el invisible Mr. Smith:— me he olvidado de cambiar el papel.... Nicolás!

Y como no venian pronto tiró de la campanilla con violencia.

Nicolás, que era el criado del trage color de fuego, entró al instante por una puerta interior en el reducido espacio ocupado por Mr. Smith. Este le entregó un legajo de billetes.

—¡Metálico! dijo:—Al instante!

Nicolás salió.

—¿Habeis oido muchachos? dijo Tom Turnbull en voz baja;—metálico!

—Sí, sí, amigo Tomy, respondió el robusto Charlie, echando un salibazo en medio de uno de los cristales blanqueados, ¡nos van á buscar dinero!

—Tiene razon Charlie, apoyó Snail, rapaz, medio desnudo, cuyas facciones, ajadas ya, revelaban en gérmen todas las pasiones perversas.

—Silencio, Snail, mala pécora! contestó bruscamente Charlie, es claro que tengo razon.

—Sí, quiero decirlo: teneis razon Charletot, repitió el chiquillo.

—Tom Turnbull se habia levantado, y sin decir una palabra, subió sobre el banco para ver por encima del enrejado.

—¿Qué diablos haces ahora Tomy? preguntó Charlie.

—Es verdad, ¿qué diablos estás haciendo Tomy? añadió la voz aguda del pequeño Snail.

Tomy de un salto volvió á quedar de pie en medio de sus compañeros, y se puso un dedo en la boca.

—Chist! dijo muy bajo.

—Chist!!! imitó Snail con ademan descompasado para recomendar el silencio.

Charlie le tiró de la oreja.

Snail maulló lastimeramente.

—Te he de abogar un dia entre mis rodillas, mal engendro! murmuró aquel, y tú Tomy ¿qué tienes que decir?

Tomy reunió toda la cuadrilla en círculo al rededor suyo.—Ahí detrás, á dos pasos de nosotros, dijo entrecortando bruscamente su frase,—hay una caja de hierro, una caja abierta.

— ¿Y qué?

— En esa caja no hay plata.

— Tanto mejor.

— No hay oro....

— ¡Ah! ba!

— Callaos, por Barrabás! exclamó Tom Turnbull. Al primero que chiste le aplasto! Snail se retiró detrás de todos.

— No hay oro! repitió Turnbull, ¿sabéis por qué no hay oro?

— No, tú nos lo dirás.

— Pues es porque no cabe! es porque está llena de billetes de banco....

Todos los ojos brillaron y se levantó un sordo murmullo.

— Sí, continuó Tom, ahí detrás se oculta lo bastante para hacer millonarios á todos los que estamos aquí.

Creció el murmullo: una avidéz apasionada se pintó en todos los semblantes, y todas las miradas se fijaron en la regilla.

— Paciencia, amigos, paciencia, dijo Mr. Stmith que tomaba aquella agitacion por un signo de fastidio.

Mr. Stmith estaba sentado delante de su bufete leyendo tranquilamente las in-

mensas columnas del periódico *El Times*.

Imposible seria hacer su retrato. Podria ser un buen mozo, pero sus grandes antiparras verdes, y una visera de extraordinaria magnitud ocultaban casi enteramente su cara.

— Millonarios! exclamó el pequeño Snail, ¡es magnífico ser millonario!!

— Millonario! repitió el gordo remero Charlie.

— Queridos, dijo una voz que no se habia oido hasta entonces, — es necesario prudencia.

— Bob-Lantern! exclamaron de todas partes, ¿de dónde diablos sales, Bob-Lantern?

— Bob-Lantern habia dejado poco á poco la posicion que ocupaba cerca de la ventana, para reunirse al grupo que rodeaba en aquel instante á Tom Turnbull.

Todos se habian vuelto hácia él. Hizo una señal con la mano para reclamar silencio, guiñó el ojo, y dijo muy bajo:

— Yo no hago nunca mas ruido que el necesario, amigos míos. He entrado cuando vosotros.... ¡Ah! he ido á buscaros

esta mañana de parte de Su Honor, pero si hubiese sabido que ibais á obrar como malvados.... como estais obrando!

—Hipócrita! dijo Tom, tú vas á ser el primero en ayudarnos.... te digo que hay allí un diluvio de billetes de banco....

—Es una tentacion terrible! repuso Lantern pasándose un labio por otro.— Si se pudiese trabajar en silencio.... no digo que no.... ¿Sabeis al menos que el capitan no vendrá?

—No, respondió Charlie.

—Es una tentacion del diablo! repitió Bob, poniéndose á reflexionar.

Se acercó quedito hasta la reja y la cimbreó con precaucion:

—Paciencia, amigos míos, paciencia! dijo Mr. Smith sin dejar de leer el periódico.

—Es fuerte, murmuró Bob-Lantern, sumamente fuerte!

—Fuerte! repitió Tom Turnbull encogiendo de hombros; oid, ¿vosotros sois hombres?

—Sí, ¡voto á brios! respondió el pequeño Snail.

— ¿Qué hemos de hacer? preguntaron los otros.

Tom no respondió, pero dió un salto hácia adelante, y descargó una terrible patada en el traveso de madera que sostenia la regilla: tembló esta, mas no cayó.

— ¿Qué es eso? gritó Stmith con voz alterada y colérica.

Tom queria redoblar, y Bob-Lantern le detuvo, diciendo: Haces demasiado ruido, hijo mio, y estas cosas requieren ingenio para no dar mas que un golpe.

Y sin tomar carrera, sin que hiciese al parecer grandes esfuerzos, dió tan recio golpe á la cerradura del enrejado con su ferrado talon, que la hizo saltar á pedazos.

Hecho esto se puso á un lado, dejando que la turba penetrase en el escritorio secreto.

— No di mas que un golpe, pero bueno! dijo con satisfaccion.

Cuando los treinta y seis sitiadores se lanzaron en el sagrado recinto, Mr. Stmith, advertido por el primer golpe de Tom Turnbull, procuraba ponerse en defensa. Habia echado á rodar el bufete entre la

puerta y la caja, y en aquel momento trataba de cerrar esta, pero con su turbacion no podia conseguirlo. Un faldon de su levita cogida en la juntura, frustraba todos sus esfuerzos.

—No os molesteis tanto Mr. Stmith, dijo rudamente Tom Turnbull;—la cosa está hecha, y si sois condescendiente os dejaremos entrar á la parte.

—Miserables! exclamó Mr. Stmith, que habiéndosele caido la visera de la frente dejaba ver un rostro mas pálido que el de un muerto.—Antes de tocar á esta caja tendreis que matarme.

—Muy fácil es eso, respondió friamente Tom Turnbull.

Una fuerte carcajada acogió esta agudeza.

Bob-Lantern alargaba el cuello por detrás de la puerta, echando una mirada cautelosa y ardiente hasta el fondo de la caja.

—Lo cierto es que la cosa promete, murmuró; pero yo he visto chanzas como esta que han salido muy mal....

El interior del escritorio reservado ocu-

paba poco mas ó menos la mitad de la pieza, y estaba amueblado como todos los de su clase. A la derecha habia una puerta que comunicaba con los inmensos almacenes de la casa Edwart y C.<sup>na</sup>; á la izquierda una escalera en espiral conducia al primer piso.

Los salteadores no se cuidaron de observar todo esto, pues tenian otra cosa en que entretenerse. Mientras que Tom, Charlie y otros levantaban la mesa que Mr. Stmith habia echado como una barrera delante de la caja, uno, mas ágil ó indiscreto, saltó sobre ella gritando:

—¡A mí la primera parte!

—¡Bravo, Saunie! dijo la turba.

Mr. Stsmith suspendió toda diligencia para cerrar la caja.

—¡A ti la primera parte! repitió sacando con rapidéz del pecho un par de pistolas.

Apuntó, hizo fuego y cayó Saunie. Los sesos salpicaron la cara á sus compañeros que retrocedieron atemorizados.

—¡Hola! ¡bien decia yo! murmuró Bob-Lantern, retirándose hasta la puerta de entrada.

Pero los otros no imitaron su ejemplo: Tom Turnbull y Charlie, lanzándose á un mismo tiempo, derribaron á Mr. Smith y Turnbull sacó su puñal para atravesarle el corazón.

En aquel mismo instante pasó alguna cosa estraña. Todos los salteadores, á escepcion de Turnbull y Charlie, sobrecogidos súbitamente de un pánico terror, hicieron como Bob-Lentern retirándose con prontitud detrás del enrejado, y dejando tendido sobre la mesa el cadáver de Sannie ocultáronse lo mejor que pudieron, bajando la cabeza como muchachos de escuela cogidos en falta por un profesor severo.

El origen de su miedo era el siguiente: Al ruido del pistoletazo, que aunque sordo para la calle, debió resonar fuertemente en el interior de la casa cuadrada, se habia presentado en lo alto de la escalera un hombre con máscara negra.

Todos le habian visto, menos Charlie y Tom que estaban seriamente ocupados.

El enmascarado, dirigiéndose al cajero, le dijo con indiferencia:

—¿Para qué tanto ruido, Mr. Stmith? Necesito descansar.... que se guarde silencio!...

Al oír aquella voz, Turnbull y Charlie soltaron su presa y retrocedieron temblando algunos pasos.

—Su Honor! dijo Tom.

Charlie tomó una postura suplicante.

El enmascarado se retiró lentamente por donde había venido.

Charlie y Tom volvieron compungidos adonde estaban sus camaradas.

Mr. Stmith se levantó y puso el bufete en su sitio.

—Es preciso quitarme esto de aquí, dijo friamente mostrando el cadáver de Saunie.

—Sí, señor Stmith, contestó con respeto Turnbull.

Como si nada hubiese pasado, Mr. Stmith cogió el Times y continuó su lectura desde donde la había interrumpido, esperando tranquilamente el regreso de Nicolás con el dinero.